

SERVICIO
SECRETO

SS

SALIENDO DEL HUEVO, QUERIDA

Ralph Barby

PARA MAYORES
DE 18 AÑOS





SERVICIO SECRETO



RALPH BARBY

SALIENDO DEL HUEVO, QUERIDA

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.543

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección COLORADO:

838 - La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

734 - El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881 - Buscando a un tramoso.

En Colección BRAVO OESTE:

585 - «Colt» a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.483 - El espía y la muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

1.244 - El baile de las balas locas.

En Colección PUNTO ROJO:

916 - Marea negra en Saint-Tropez.

En Colección ASES DEL OESTE:

647 - Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.351 - Los rebeldes del pañuelo rojo.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

120 - La matanza del paso de Trout Creek.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

85 - Una bala para un «Colt».

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 748 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1980

© Ralph Barby - 1980
Texto

© Jorge Sempere - 1980
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España.)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o
hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO

—Encanto, ¿no deseas un final completo?

Alf Manly asió entre sus dedos el vaso bajo y ancho y movió la cabeza negativamente, sin molestarse en apartar el cigarrillo de entre sus labios.

—Vamos, cariño, si yo sé que tú eres un campeón.

—¿Ah, sí, cómo lo sabes? Nunca me he acostado contigo.

—Me lo han contado.

—A lo peor soy marica.

—¿Marica tú? —Ella explotó con una carcajada sonora—. Tan marica tú como yo virgen.

—Alargó su mano y la puso entre las ingles masculinas, en ademán de búsqueda.

—Quieta.

—No te habrás enamorado de una chica sola, ¿verdad, Alf?

—No, por ahora, no, pero aparta tus manitas; al nene hay que dejarlo dormir.

—¿Para qué?

—Para que sea muy saltarín cuando convenga.

—¿Y no podría ser yo la afortunada?

—Por esta noche, no.

—Claro, sabes que soy una zorra y te das de menos.

La mujer tomó la copa de champaña que él le había pagado y tras chasquear la lengua con un gesto vulgar, añadió:

—Dicen que te ligas a las niñas bien.

—Cada cual hace lo que puede.

—Las dejas bien sacudidas y llenas, pero después, para casarse, ellas buscan a tipos de su misma clase.

—Es posible —respondió lacónico, echándose ligeramente hacia atrás la visera de su gorra marinera.

—Si yo fuera una niña rica, ¿te acostarías conmigo esta noche?

—No lo sé. Bueno, creo que aquí ya no tengo mucho que hacer por esta noche.

—Alf...

—¿Sí? —inquirió él, poniéndose en pie y ajustándose bien la gorra marinera de tela oscura.

—¿Por qué no me llevas a tu yate?

—Porque está limpio.

—¡Guarro!

—No te enfades, Peggy. Cualquiera día de éstos nos vamos a pescar tiburones y nos damos un revolcón en alta mar.

—¿Ah, sí, cuándo, cuándo? —apremió ella, olvidándose de las palabras anteriores, pero él ya se alejaba.

—¡Cíao!

Dejó unos billetes en la bandeja de una camarera que vestía un *bikini* muy atrevido. Ella, al ver la propina, le alargó un beso que él no eludió.

Salió a la calle. La noche era agradable, se respiraba la brisa marina. Su automóvil se hallaba estacionado algo más lejos. El bar daba a un callejón solitario que desembocaba en una avenida que conducía a los muelles deportivos.

—¡Auxilio!

La garganta que había pedido ayuda era femenina; fue una voz rota, aguda, una voz que se hallaba en aprietos. No era difícil imaginar el asalto a una mujer por un maníaco sexual o una pandilla de jóvenes sin principios.

Dobló un callejón y casi entre sombras, muy mal por la escasez de luz, vio dos hombres y a otra figura que por sus cabellos y delgadez correspondía a una mujer. Corrió en su ayuda al darse cuenta de que la golpeaban.

—¡Auxilio!

Alf Manly se lanzó hacia uno de los hombres, asestándole un puñetazo en pleno rostro. Antes de que pudiera atacar al otro, éste ya había sacado una pistola.

—Oiga, metomentodo, largo, éste no es asunto tuyo.

La mujer rubia, muy rubia, cayó al suelo junto a su bolso que le había sido arrebatado en la pelea.

Todo ocurrió muy rápido. Los fogonazos brillaron en la noche. El tipo bien trajeado que encañonó a Alf Manly se arqueó de

espaldas, la pistola tembló en su mano y se derrumbó.

El otro que había pretendido huir corriendo también resultó alcanzado, trastabilló y al fin cayó de bruces.

Alf Manly, desconcertado, miró a la mujer y después a los dos hombres abatidos a balazos.

—¿Qué has hecho, preciosa?

—Matarlos —sollozó ella. El arma temblaba en su mano.

Alf Manly se acercó a uno de ellos. Tenía sangre en la espalda, pese a la débil luz que enviaba una farola lejana podía verse la mancha roja en su chaqueta. Al ponerle boca arriba, le vio los ojos desagradablemente fijos.

—Éste se ha ido al carajo —gruñó.

—Ojalá el otro también.

Alf Manly fue hacia el otro individuo caído de bruces sobre un charco de sangre. Al volverle boca arriba, también le vio los ojos terriblemente abiertos.

—Nena, no disparas mal.

—Por favor, ayúdeme, no puedo andar, no puedo —gimió ella, agarrándose a la pared.

—Un momento, un momento. ¿Quiénes son ellos?

—Asesinos, asesinos. —Se dejó caer entre los brazos del hombre.

—Vaya, si viene la policía se va a armar.

La chica se había derrumbado y la pequeña pistola, un arma propia de mujer, estaba caída. Alf la recogió, también el bolso y con la mujer sobre sus hombros, salió corriendo del callejón.

El bulevar era largo, muy largo. Desembocó en los muelles y franqueó la entrada del recinto privado. Rodó hasta colocar su coche utilitario y anfibio frente a la pasarela de uno de los yates allí atracados.

—Buenas noches, Alf.

—Ah, hola.

—Traes compañía, ¿eh?

—Sí, ha bebido un poco. No me gustan las chicas cuando beben porque se acaban durmiendo y al despertar no saben si eres su tipo o no.

—Pues, a probar otra vez, Alf, a probar otra vez —se rió el vigilante de los muelles, alejándose.

Alf Manly aguardó un poco, se entretuvo encendiendo un

cigarrillo. Miró a la mujer; era muy hermosa. Dormía con el rostro contraído.

La sacó del coche entre sus brazos, la subió al yate y la tendió en una litera. No se dio cuenta de que ella entreabría ligeramente los ojos para ver lo que él hacía.

El yate se mecía en las aguas marinas al ritmo de las olas mientras las velas desplegadas forzaban al viento a empujarlo. Se llamaba *Apocalipsis* y era muy marinero. Visto a distancia, su estampa era hermosa y plástica.

Alf Manly, su propietario, lo tenía impecable en pintura y limpieza y todo funcionaba bien a bordo.

Poseía cuatro camarotes, tres de ellos dobles dentro de su estrechez. La cocina era apta para doce personas, tenía un buen frigorífico y una sala de estar amplia con vistas a proa.

El *Apocalipsis* poseía un motor que le permitía alcanzar una velocidad de treinta nudos y también servía para maniobrar en puertos y embarcaderos sin tener que utilizar el velamen. Su bodega de carga, de veinte metros, no era nada despreciable.

En realidad, Alf vivía en aquel yate y le sacaba el jugo alquilándolo, patroneándolo siempre él. Se contrataba a turistas que quisieran navegar a lo largo de la costa o trasladarse de un lugar a otro por mar.

También recibía encargos de estar en una fecha concreta en los lugares más dispares del mundo y él acudía. Cuando no tenía pasajeros, trasladaba su morada de Estados Unidos a la Costa del Sol española, a las Baleares, a la Costa Azul o a Montecarlo, donde solía encontrar turistas americanos que le contrataban.

La vida de Alf Manly era muy libre; los negocios no marchaban siempre bien, fluctuaban, pero no podía quejarse. Cubría gastos y como vulgarmente podía decirse, viajaba por los siete mares del mundo.

—Ah —suspiró con dolor la mujer al despertar.

—¿Cómo te encuentras?

De pronto, ella abrió sus ojos desmesuradamente. Se mantuvo quieta unos segundos que a Alf Manly se le antojaron interminables y luego dijo:

—Yo, a ti te conozco.

—Si ves en la noche, como las gatas.

—Tú eres Alf Manly, ¿no es cierto?

—Vaya, pues es cierto que me conoces.

—¡Ah! —se lamentó de nuevo.

—Te dieron duro, nena, tienes cardenales por todo el cuerpo.

Ella se miró a sí misma y se vio cubierta con una sábana. Se palpó y miró al hombre con gesto medio de preocupación medio de resignación.

—¿Estoy desnuda?

—No soy médico, pero hice unos cursillos de socorrismo.

—¿Y qué ha pasado?

—Que te dieron una paliza. He suavizado tus moretones con pomada, en poco tiempo habrán desaparecido. No tienes nada roto.

—Menos mal. Por cierto, ¿y mi ropa?

—En la lavadora.

—¿Tienes lavadora?

—Sí, a bordo.

Ella miró a su alrededor.

—Creí que era un apartamento y resulta que es un camarote, se mueve mucho.

—Mi barquito se mueve con las olas. Por cierto, te cargaste a dos tipos.

—Sí, ya recuerdo.

—¿Te cargas a los tipos como quién en se toma un vermut con oliva cada día?

—No, claro que no, pero no podía dejar que ellos me asesinaran a mí, no podía.

—¿Asesinar? Sólo te golpearon. Habiendo visto qué maravilla de cuerpo tienes, se puede pensar incluso que desearan violarte, pero asesinar, me cuesta creerlo. Podían haberlo hecho antes si lo hubieran querido.

—Me hubieran asesinado torturándome, que es peor.

—¿Y por qué habrían de torturarte?

—Son los verdugos de su excelencia.

—¿Los verdugos de su excelencia? Se ve que esta mañana he amanecido con niebla espesa en mi sesera, no entiendo nada.

—Te voy a decir la verdad, Alf, voy a decírtela porque yo te estaba buscando.

—¿A mí? Qué casualidad. Precisamente te encontré yo a ti, no sé

qué va a decir la policía de todo esto cuando encuentren los dos cadáveres.

—No los encontrarán.

—¿Ah, no, es que se disuelven en el aire?

—O desaparecen bajo las aguas, pero no los encontrarán. Su excelencia no quiere líos con la policía de otros países.

—¿Por qué no empiezas por el principio y dejamos de jugar a las adivinanzas? ¿Quién es su excelencia?

—Será mejor que no digamos nombres. Es un dictador déspota que oprime a nuestro pueblo.

—Hablas como si no fueras norteamericana.

—Es que no lo soy.

—Entonces, ¿de qué país procedes?

—Llámale Costa de Sangre, es un nombre que le va bien.

—De acuerdo, seguiremos jugando a los nombres figurados. ¿Tú eres una rebelde al poder establecido en esa llamada Costa de Sangre?

—Establecido, no, impuesto por las armas y explotando al pueblo. Su excelencia sabe que tiene los días contados, lo sabe pese a las bravatas que lanza por televisión. Caerá pronto, pero no cesa de torturar y fusilar a los que se oponen a él. En el fondo se agarra a una esperanza que no le llegará.

—Bien, y tú eres una guerrillera o algo parecido.

—Mis compañeros y yo deseamos la democracia para nuestro país.

—Mira, guapa, yo no quiero meterme en política. ¿Dices que los sicarios de su excelencia te habían dado caza cuando me buscabas?

—Sí.

—¿Y por qué me buscabas?

—Me han filtrado unos informes muy secretos, un agregado de embajada, es de los nuestros.

—¿Y venías a contarme todo eso a mí?

—Sí.

—¿Y por qué no a la CIA o a la KGB?

—No deseamos interferencias internacionales.

—Entonces, ¿qué soy yo?

—Un tiburón solitario.

—¿Quieres que muerda a alguien? Bueno, pues empiezo por tus

tetas, me han dado ganas de mordértelas cuando estabas dormida. He pensado que no sería correcto, pero la verdad es que están muy apetitosas.

—¿No puedes dejar de jugar?

—Bueno, yo no sé ni cómo te llamas.

—¿Seguro? Habrás mirado mi bolso.

—Sí, pero aparte de la pistola no había pasaporte ni documentación alguna.

—Debieron quitármela cuando me golpearon.

—Bueno, ¿y cómo te llamas?

—Elisa. ¿Hace falta más?

—¿Y a quién quieres que muerda el tiburón llamado Alf Manly?

—A su excelencia.

Él puso un gesto de irónica preocupación.

—¿No crees que es demasiado? Él tendrá un ejército completo y seguro que vosotros los revolucionarios tenéis armas y tampoco podéis con él.

—Acabaremos vencién-dole.

—Es un asumo de vuestra incumbencia, yo no soy mercenario de nadie.

—Tú vives bien.

—No creas, también tengo plazos que pagar, la vida no es fácil para nadie.

—¿Me quieres escuchar, tiburón?

—Sí, claro, estamos solos en alta mar.

—¿Solos, solos?

—Sí.

—¿No me engañas?

—Antes de seguir adelante, Elisa ¿eres la amante de algún compañero tuyo, me refiero a algún camarada?

—No.

—Pero, tú sabrás lo que es una cama.

—Sí, estoy en ella y, por cierto, es amplia.

—Es para dos, un poco más justita que las de los hoteles, pero para dos.

—Estoy tranquila, porque sé que tú no abusarás de la situación.

—No, claro que no, estás golpeada. Yo mismo he pasado mis dedos por los moretones. ¿Quieres que te diga dónde los tienes?

—Pues... —dudó.

—En las nalgas, que son preciosas y muy redonditas; también en el costado, cerca de esos pechos hermosos y duros que tienes, en los brazos y en los muslos, cerca de las ingles...

—No hace falta que continúes.

Elisa trató de moverse y puso gesto de dolor.

—La paliza está muy reciente. Por cierto, ¿no tienes miedo por haberte cargado a dos tíos, por muy verdugos de su excelencia que fueran?

—Son enemigos de mi pueblo. Muchos camaradas míos han desaparecido asesinados, torturados. Es mejor que no te cuente lo que hacen con los que caen en sus manos y más si quieren que hables.

—No, no es preciso que me lo cuentes. Lo que sí quiero saber es qué demonios tengo que ver en todo este juego.

—Tú alquilas tu yate, ¿no?

—Sí.

—Pues, nosotros te lo alquilamos.

—De una forma un poco más clara: ¿Quiénes sois vosotros?

—Será un matrimonio, burgueses ricos, claro, yo seré su secretaria.

—¿Y adónde tengo que ir a pasear a esos burgueses ricos?

—Por alta mar; el resto lo sabrás en su momento.

—No me gusta jugar a la gallinita ciega.

—¿Quieres saber más?

—Naturalmente, de lo contrario no hay trato.

—Está bien. ¿Cuánto cobras por una semana de paseo?

—Este yate es un poco caro, tiene radio, frigorífico...

—Basta, sé que lo tiene —cortó—. ¿Cuánto?

—Contando mi salario, gastos, impuestos, etcétera, mil diarios. St que es un poco caro, pero he de compensar los días que no llevo de paseo a nadie.

—Siete mil dólares multiplícalos por diez.

—¿Setenta mil una semana? —se asombró el hombre.

—Sí.

—Hum, eso es mucho. ¿Dónde está la trampa?

—No se hacen preguntas. Lo que debas saber, se te dirá en su momento.

—Imagino que la policía meterá sus narices.

—No, no habrá policía. Su excelencia no quiere que la haya y nosotros, tampoco. Los muertos desaparecen, no hay investigación; es un asunto de altura.

—¿Y los riesgos?

—Si te partes la cara con el coche, es un riesgo; si te bajas de la cama bebido, te partes un hueso; si te metes en la bañera y hay jabón, te rompes la crisma. Riesgos siempre los hay.

—De acuerdo, si hay que recibir, recibiré; pero mi barco, no.

—¿Tu barco?

—Sí, mi yate, el *Apocalipsis*, este cascarón en el que estamos metidos. Deberéis pagar un seguro a todo riesgo, sale un poco caro, pero yo necesito el barco como *modus vivendi*.

—De acuerdo, tendrás el seguro a todo riesgo.

—Pagado por adelantado.

—¡De acuerdo!

—Oye, preciosa, tú vas diciendo a todo que sí, pero ¿de dónde sacarás el dinero?

CAPÍTULO II

—Una cerveza —pidió Alf Manly en la barra del *snack*.

El mozo del mostrador asintió con un movimiento de cabeza. Cerca de Manly, dos agentes tomaban un bocadillo con zumo de tomate.

—Es movida el área, ¿eh? —preguntó en tono amistoso Alf Manly mientras trataba en vano de encender el cigarrillo. Miró su mechero y dijo—: Agotado. ¿Alguien tiene fuego? Uno de los agentes le puso una llama delante, nacida en su encendedor de plata.

—Bonito. ¿Regalo de una chica? Los tipos de uniforme ligáis mucho.

—Je, qué más quisiéramos —se sonrió el agente.

—Yo creo que sí —le dijo Alf enjabonándolos un poco para hacerse amistoso—. Claro que si os pasáis la noche levantando cadáveres de las calles...

Uno de los agentes objetó:

—No será tanto.

—¿Ah, no? Ésta es una ciudad con mucho movimiento. Los hampones de Nueva York y Chicago, cuando llega el invierno, se vienen para acá.

—También van a otras ciudades —respondió uno de los policías.

Su compañero comentó:

—Llevamos una temporada de tranquilidad. Ayer, sólo dos muertos.

—¿Dos? —preguntó Alf Manly, llevándose a los labios la jarra de cerveza que acababan de servirle.

—Sí, un tortazo en coche contra una esquina. En la autopsia le habrán sacado dos galones de alcohol en sangre al tío. Lo malo es que la chica que iba con él también se rompió, como una muñeca de porcelana que se cae al suelo.

—¿Y nada más?

—Bah, atracos, una violación...

—¿Y les parece poco?

—Oye, amigo, tú tienes planta y eres joven, ¿por qué no te haces agente?

—Porque me gusta más ser marino. Por cierto, me he dejado la gorra en el cascarón.

Bebió la cerveza y abandonó el bar. Tomó su «Volkswagen» y con él se dirigió hacia los muelles. El *Apocalipsis* se mecía ligeramente en las aguas tranquilas del embarcadero.

Tomó los periódicos que había comprado y subió a bordo. Abrió la portezuela que daba acceso al interior del yate y se encontró frente a frente con una pistola. Un hombre joven, delgado, de ojos oscuros y penetrantes, algo nervioso todo él, le estaba encañonando.

—¿Qué significa esto, un atraco?

—¿Quién eres?

Alf Manly giró sobre su talón derecho, quitándose de la línea de tiro al volver todo su cuerpo de costado al tiempo que hundía su codo en el abdomen del intruso.

Cogido por sorpresa, el sujeto aulló de dolor. Su mano armada fue cogida entre las dos de Alf Manly que se la dobló hacia dentro y hubo de soltar el arma o se le partían los huesos.

Alf pisó el arma al tiempo que, de revés, le daba en pleno rostro un golpe que lo lanzaba sobre el pequeño sofá de la sala. Antes de que el otro se repusiera, tuvo tiempo de recoger el arma y encañonarle.

—Bueno, ahora que ya nos hemos presentado...

El hombre, golpeado y ya desarmado, se limpió la sangre de la nariz y los labios con el dorso de la mano, sin molestarse en levantarse del sofá.

—¿Eres Manly?

—Sí. ¿Andabas preguntando por mí?

—Perdona, no quería asustarte con el arma. No estaba seguro de quien pudiera ser.

—Vaya. ¿Y después de esto viene el cuento de la Caperucita Roja?

Se abrió la puerta de nuevo y apareció Elisa. Alf Manly parpadeó al verla, casi no la reconocía.

—Hola, Alf. Estaba en la terraza del club, te he visto llegar y he venido pronto hacia aquí.

—Elisa, explícale quién soy.

—Marco, ¿qué te ha pasado?

Alf Manly, que aún sostenía la pistola en la mano, fue quien explicó:

—Ha estornudado y mi puño estaba delante, son cosas que pasan. Me da la impresión de que os conocéis bien.

—Somos camaradas —aclaró Elisa.

—Cuidado con lo que dices —le advirtió el llamado Marco con gesto de sorpresa y algo de miedo.

—Es amigo nuestro, trabajará para nosotros.

—Despacito, despacito, nena. Antes rubia y ahora morena, ¿por qué?

—Ah, ¿eso es lo que te sorprende? Utilizo pelucas, la rubia debe estar por ahí dentro.

—Hubiera jurado que era tu cabello natural.

—Son pelucas de calidad. Hay que camuflarse mucho para no ser reconocida.

—Bien, bien, ¿cómo ha llegado él aquí? —preguntó, señalando a Marco.

—Le he llamado por teléfono, él no sabía dónde estaba yo.

Alf Manly quitó el cargador de la pistola, comprobando que estaba repleto de balas. Volvió a cargar la pistola, le puso el seguro y se la devolvió al joven de oscuros ojos y delgadez casi enfermiza.

—No vuelvas a apuntarme jamás con un arma, puede ser fatal. —Después, se encaró con la muchacha ahora morena—. He comprado los periódicos, no hay nada de los muertos y los agentes de la zona tampoco saben nada.

—Te lo dije.

—Vosotros hacéis las cosas a lo grande, ¿verdad? —rezongó con sarcasmo.

Guardándose el arma. Marco puntualizó:

—Esto es una guerra.

—Yo no quiero saber nada de guerras, siempre se pierde aunque se gane.

—Alf, tú no estás metido en este lío. Te contratamos el yate para un paseo, un paseo especial, no vamos a negártelo, por eso te

pagamos diez veces lo que vale un paseo normal.

—Quiero el seguro y la mitad de lo convenido por adelantado.

—Eso no puede ser —dijo Marco entre dientes—. Nosotros no nadamos en la abundancia.

—Yo nado en agua, amigo, pero me gusta vigilar mis cosas. Se hace como yo digo o no hay trato. Después de todo, vosotros podéis buscar a otro. No me extrañaría que alguno de los otros yates atracados cerca del *Apocalipsis* trafique en drogas; de América del Sur y de la Central llegan buenos cargamentos de drogas.

Elisa objetó:

—No nos interesa la droga.

—A mí, tampoco, pero ciertos países cálidos, y no me sorprendería que vuestra Costa de Sangre fuera uno de ellos, suministran droga y las autoridades hacen la vista gorda.

—Porque sacan su parte de pasta —le replicó Marco con ira en los ojos.

—Y si llegáis a mandar algún día vosotros, ¿no haréis lo mismo?

—¡No! —replicó Marco con vehemencia.

—Óyeme bien, yo no creo en nada ni en nadie. Confíate y recibirás el garrotazo. Es posible que el principio y la teoría de todas las doctrinas, revoluciones, causas políticas, etcétera, sean buenas, pero luego somos los hombres quienes lo llenamos todo de mierda, por eso soy un escéptico, un cínico, un incrédulo y hasta un hijo de puta; aunque esto último, sólo me lo digo yo, no se te vaya a ocurrir soltármelo nunca, ni tú ni nadie, podría enfadarme.

—No tienes por qué molestarte, Alf. Entre tú y Marco sólo ha habido una confusión al parecer.

Esbozó un gesto de dolor y se llevó la mano al costado. Los dos hombres se la quedaron mirando y ella se fue hacia una butaca, sentándose con cuidado.

—¿Duele? —preguntó Alf.

—Ajá.

—Sería mejor que vieras a un médico por si dentro hay algo mal.

—No, no. Como tú dijiste, se pasará en unos días.

—¿Te golpearon fuerte, Elisa? —pregunto Marco.

—Sí, pero lo pagaron, él es testigo.

—Yo no soy testigo de nada, no me metáis en líos.

—Alf, mañana tendrás lo que pides; el resto, al final —puntualizó Elisa.

—Os advierto que si interviene la policía por algo, yo soy ciego, sordo y mudo, no sé nada de nada. Habéis rentado mi yate para un paseo turístico, eso es todo.

—¿Crees que será bueno que un tío como éste, que sólo busca el dólar, sea el que nos lleve?

—Sí, Marco, ya lo decidimos. Éste es un buen yate que se alejará muy pronto de nuestro objetivo.

—Os advierto que si algún guardacostas me pide que me detenga, lo haré, no voy a transgredir ninguna ley.

—Tú serás el chófer del bus, nada más —puntualizó la joven—. Bien pagado, eso sí.

—¿Y él? —preguntó Alf, señalando a Marco.

—A él déjalo en paz.

—No tan aprisa Dijiste un matrimonio burgués y tú, como secretaria.

—Vendrá Marco y otro más.

—Eso no es lo que me dijiste, Elisa.

—No debí acordarme.

—Sí, eso debe ser.

—Hemos de cargar un poco la bodega de tu *Apocalipsis* y para eso hacen falta brazos fuertes.

—¿De qué vais a cargar la bodega?

—Cosas valiosas, de modo que si tienes un agujerito en el casco ya estás poniéndole un tapón.

—Muy chistosa... ¿De veras pagaréis mañana?

—Como eres un incrédulo —le dijo Elisa—, te daremos lo que quieres y así te quedarás tranquilo.

Marco rezongó:

—¿Crees que una vez hayamos dado el adelanto podremos fiarnos de él?

—Sí, creo que sí. De lo contrario. Alf sabe que su *Apocalipsis* podría sufrir un accidente fortuito. Una bombona de propano que explota, un bidoncito de gasolina que se inflama, cualquier cosa.

—Sí, es cierto —apoyó Marco—, cualquier cosa, como un camión que se echa encima de su coche.

—¡Ya está bien, no me gustan las amenazas! Alf Manly tiene una

sola palabra y la cumple.

—Lo sabemos —asintió Elisa—. De otros no nos podíamos fiar.

—Bien, pues para celebrarlo podemos tomar un zumo de zanahorias.

—¿Zumo de zanahorias? —repitió Marco sorprendido, pues hubiera esperado oír la palabra *whisky*.

—Sí, zumo de zanahorias por ser tan burro de aceptar vuestra propuesta. Estoy seguro de que esto terminará mal, pero soy un cabezón y cuando huelo algo que se sale de lo normal, ni; meto en ello hasta el cuello. Pasear a tipejos ricos que se creen los dueños del mundo y ver la tele, aburre mucho. He tenido la suerte de no volverme todavía tan idiota como para tragarme todo lo que echan, pero burro, creo que si lo soy un poco. ¡Jugo de zanahorias para los tres!

—A mí no me gusta —le dijo Marco, sinceramente.

—Da lo mismo, te lo tragas.

CAPÍTULO III

No se podía llamar chalet a la mansión ante la que Alf Manly acababa de detenerse con su utilitario «Volkswagen». Se apeó y llamó al timbre.

No tardó en aparecer un empleado con gorra de plato que le miró inquisitivo.

—¿Qué busca?

—A César Zapetti.

—¿Su identificación?

Alf expulsó el aire por la nariz, le estaba cargando tanto recelo; pero, pensó que el propietario de aquella mansión, sin duda construida antes de que él naciera, había tomado sus medidas de seguridad. Los asaltos y atracos menudeaban y más cuando la presa podía ser un tipo de dinero.

—Está bien —le dijo al ver su identificación.

Abrió la reja y Alf Manly se introdujo de nuevo en el coche. Con él se internó en el espacioso jardín de la mansión.

Se detuvo frente a la casa. Su automóvil contrastaba un poco con el lujo de la mansión y de los tres automóviles que se hallaban en el garaje, un «Cadillac», un «Mercedes Benz» y un «Porsche» deportivo color amarillo oro.

—Sígame, por favor —le dijo un hombre estirado con cara de mayordomo, que equivalía a decir con gastritis o algo parecido. Sin duda alguna, debía de tomar bicarbonato a diario.

Le siguió con su calzado deportivo, sus pantalones téjanos y su camisa oscura. No se había quitado la gorra marinera.

La piscina era irregular y hermosa, una piscina cara. Tres chicas en mono bikini salpicaban en el agua. Sobre el césped, dos mesas, un sofá balancín con toldo y tres sombrillas grandes que parecían girasoles gigantes.

Un hombre con camisa y pañuelo de seda azul anudado al

cuello, con el cabello entrecano y bigote grueso, un hombre que al ponerse en pie se reveló alto y fuerte, le aguardaba.

—Acérquese, Manly.

—¿César Zapetti?

—Sí, yo mismo.

Alf Manly se acercó a las mesas sin estrechar la mano del hombre. Observó que las tres bellezas salían del agua y se sentaban al borde de la piscina. Le miraron sin ningún disimulo y se rieron, haciendo algún comentario jocoso y sin duda alguna con intención erótica.

—Creí que estaba usted casado —comentó Alf.

—Y lo estoy, lo estoy. —Sonrió, añadiendo—: Si lo dice por ellas, son las sobrinas de mi mujer. Tres niñas guapas, ¿eh?

—Sin duda.

César Zapetti suspiró.

—Siéntese, hágame el favor. ¿Qué desea tomar?

—Lo que he venido a buscar.

—Todo llegará, me refería a beber.

—Limonada.

Pasó la orden al tipo estirado que le condujera hasta allí.

—¿Y su mujer le deja tener a las sobrinitas en casa?

—Oh sí, no es celosa —respondió aquel hombre al que Manly catalogó como un europeo mediterráneo trasplantado a América o, por lo menos, lo habían sido sus ascendientes, afincándose en un país latinoamericano.

Por lo visto, había hecho fortuna y terminó instalado en Estados Unidos.

—¿Está usted capado?

Zapetti se puso rojo de pronto, no esperaba aquella pregunta. Debía haber sido casi como una puñalada en su hígado... Luego, estalló en una carcajada explosiva.

—Tiene usted un raro sentido del humor, ¿eh, Manly?

—Por cierto, no me parece usted un revolucionario.

—¿Lo dice por la casa?

—Sí.

—La heredé, lo mismo que heredé el negocio de mi padre, importo aguacates para Estados Unidos.

—Buena fruta.

—Sí, también la consumen los laboratorios de cosmética, sirven para muchas cosas y cuando una partida sale mal, se puede vender a algún fabricante de comida para animales.

—No me lo explique, luego no comería a gusto.

—¿Toma usted comida para animales?

—Seguro que lo mismo que usted, pero a distinto precio. Yo no me alimento en restaurantes de cinco estrellas.

—Verá, Manly, no tengo por qué darle ninguna explicación, pero le voy a decir que no ha de pensar que los revolucionarios son siempre pobres. Hay muchas fuerzas distintas que se unen para quitar de en medio al bastardo del dictador.

—Comprendo, usted debe pertenecerá los ricos pactistas, ¿no?

—Algo así, pero no entremos en detalles.

—Está bien. Según tengo entendido, usted viajará en mi yate.

—Así es.

—¿Y su esposa?

—También.

—Creo que será un buen paseo, de lo contrario usted no se arriesgaría. ¿Me equivoco? César Zapetti se rió abiertamente.

—Sí, estimo en mucho mi vida, no me gusta correr riesgos innecesarios. Por eso no tengo dinero en casa.

—¿Dice que no tiene dinero en su casa?

—Ah, ahí viene Oriana...

Cesar Zapetti, en vez de responder, se puso en pie. Una chica de piernas bien torneadas, cubierta con un albornoz corto, se acercó a ellos sonriente. Llevaba el rostro maquillado con sumo cuidado, por lo que Alf dedujo que no había salido para bañarse.

Sus, labios mostraban una media sonrisa enigmática. Se la podía calificar de muy atractiva en su madurez. Acostarse con ella debía ser un placer de sibarita, pues sin duda alguna debía saber hacer bien el amor.

—César, ¿quién es nuestro visitante? —preguntó con cierta coquetería.

—¡Tía Oriana! —llamaron las muchachas a distancia, saludándola con la mano sin acercarse.

—Es el patrón del yate de recreo que nos ha de pasear.

—Eso quiere decir que nos pondremos en sus manos —le dijo Oriana que tenía un fuerte y meloso acento sudamericano.

—No tema; si se hunde el *Apocalipsis*, en vez de preocuparme por su marido lo haré por usted.

—Muy amable.

César Zapetti, aceptando bien la ironía, se sentó y dijo:

—Desde el primer momento me pondré un chaleco salvavidas por si eso ocurre y llevaré una pistola por si se acercan tiburones.

Oriana se despojó del albornoz y mostró sus pechos hermosos al descubierto, sin ninguna inhibición. Pese a la edad, sus senos estaban como los de una joven de veinte años.

—Querida, ¿no te podrías poner el sujetador? —le pidió su marido con cierto tono de queja.

—Cuando se lo pongan también las niñas, querido.

El hombre estirado y con cara agria había traído ya la limonada y otras botellas y vasos. Manly tomó su limonada, bebió un poco y dijo:

—Yo, cuando quieran, me voy; tengo que hacer.

—Ah, sí, claro, mi secretaria concertará con usted una cita —dijo César Zapetti. Cogió una tarjeta y escribió unos números; luego, se la entregó a Manly.

—¿Qué significa esto, es un número de teléfono?

—Es simplemente una clave que no compromete a nada. Vaya usted a la Seventy Street número doscientos cuatro y entregue esta tarjeta, no hace falta que añada nada más.

—Y ese lugar, ¿qué es?

—Una casa de compraventa. Está al lado de un club frecuentado por latinoamericanos.

—¿Seguro que allí encontraré lo que han de pagarme?

—Seguro.

—¿Y por qué no me lo decían antes de venir aquí?

—Era preferible que empezáramos a conocernos; además, sin esa tarjeta, nadie le hubiera pagado.

—Está bien, cada cual hace las cosas a su manera. No se moleste si cuando llegue el momento yo las hago a la mía. —Se puso en pie—. Señora, ha sido un placer para mis ojos él conocerla.

—Gracias. Ya tendremos tiempo para conocernos mejor, mucho mejor.

Al decir aquello, movió su cuerpo con una cierta sensualidad que a Manly le hizo pensar en una gata caliente. Ir con los pechos

descubiertos no era una casualidad, pues llevaba los pezones maquillados con pincel.

Las tres sobrinitas le saludaron al alejarse. Manly respondió al saludo y luego gruñó:

—Vaya con el tío de los aguacates... ¿Tendrá aceite para tanta hembra?

Al atardecer, llegó a la Seventy Street. La calle tenía mucho colorido y se hallaba concurrida. No faltaban los papeles en el suelo ni los automóviles mal aparcados.

Observó la casa de compraventa. Un grupo de chiquillos pasó corriendo por su lado.

—¿Míster, busca algo, chicas, chicas...? —preguntó un hombre con acento excitado—. Si quiere «Horse», «Charlie» o...

—Nada de drogas ni chicas, amigo —le cortó Alf.

El individuo se apartó de él con gesto de desaliento. Le había confundido con un posible cliente facilón.

Alf observó el club que ya había abierto sus puertas. La casa de compraventa era pequeña en su entrada y no había nada expuesto; posiblemente, todo lo tenía dentro. Empujó la puerta y sonaron varias campanillas, podía decirse que sonaba todo un carillón.

—¿Desea vender o comprar? —preguntó un hombre que apenas le llegaba al abdomen y usaba gruesas gafas de miope.

Alf sacó la tarjeta y se la entregó.

—Deseo esto.

El hombre se la acercó mucho a las gafas y la examinó con atención.

—Un momento.

Desapareció tras un mostrador y al poco sacaba una tabaquera de cuero.

—Es de magnífica calidad, aquí tiene la llave. El buen tabaco no debe dejarse al alcance de nadie.

—¿Una tabaquera?

—Sí, es lo que tengo que entregarle.

—Entonces, será bueno que vea su calidad.

Introdujo la llave en el cerrojo remachado en el cuero negro. El cierre parecía bueno, aunque no era preciso que lo fuera demasiado, ya que podía abrirse con una navaja, cortando el cuero.

El olor a tabaco llegó rápidamente a su olfato, pero sus ojos

vieron varios fajos de billetes. Los había de distinto valor y de lo que no cabía duda era de que allí dentro había mucho dinero.

—Está bien, la tabaquera me gusta.

—Encantado de servirle, señor. Si desea alguna cosa más de esta casa, sólo tiene que venir y será un placer atenderle.

Con aquella tabaquera repleta de billetes no era oportuno meterse en ningún club. Era ya demasiado tarde para ir a un Banco, pero sí podía acercarse a la caja de seguridad nocturna de su Banco, meter el dinero en un sobre, rellenar la ficha y arrojarla dentro del buzón.

Al abrir la puerta, se tropezó con alguien que entraba cuando él pretendía salir. La puerta no era suficiente para dos personas de constitución recia.

—Podía tener un poco de cuidado al salir —le observó el hombre que vestía camisa verdosa y llevaba algo de barba. Sobre su cabeza, pelo rizado y muy negro. Los ojos eran grandes, profundos.

—Como se suele decir, antes de entrar dejen salir.

—Se cree el dueño de todo, ¿eh? ¿Ha comprado esa tabaquera aquí? —preguntó, poniendo los dedos sobre ella.

—Las manos quietas —silabeó AH.

—De acuerdo, de acuerdo, no hay por qué molestarse. A lo mejor me compro un revólver y me voy a atracar a los tipos como tú.

—¡Vete al diablo! —le dijo Alf Manly, y se alejó.

Se dirigió a su coche. De pronto, escuchó un grito como de chiquillería aullando, jugando. Fue como un huracán... Una pandilla de jóvenes llevando cadenas y bastones se le echó encima.

Era lo que menos podía esperar y cuando quiso darse cuenta, ya era brutalmente apaleado. Varios garrotazos y cadenas le dieron en la cabeza y en la espalda.

Notó que la vista se le nublaba y las rodillas le aflojaban. Se revolvió y tuvo la impresión de que alcanzaba a uno o dos de aquellos salvajes del asfalto.

Cuando sus ojos quisieron ver por encima de la sangre que los manchaba, aquella especie de huracán se alejaba, desapareciendo.

—¡Malditos salvajes!

Se tocó la frente y la cabeza, miró a su alrededor. A cierta distancia había varias personas, hombres y mujeres, observando.

Nadie le prestó ayuda.

Se paso los dedos por la cara y la cabeza, tiñéndolos en sangre.

—¡Bastardos!

De pronto, ya más despejado, se dio cuenta de que le faltaba algo.

—¡La tabaquera!

Los chicos ya no se veían por parte alguna y las puertas y ventanas comenzaron a cerrarse cuando un patrullero llegó, ululando.

Dos agentes saltaron al suelo y corrieron hacia Alf Manly.

—Eh, amigo, ¿qué le ocurre?

—Unos jóvenes con cadenas y palos...

—Le llevaremos al centro médico —dijo un agente.

—¿Les podría reconocer? —inquirió el otro.

—Por todos los demonios, no.

—¿Le han robado?

—Sí, sí me han robado.

—¿El qué? —preguntó uno de los policías.

—Una tabaquera de cuero de gran valor.

—¿Una tabaquera de cuero de gran valor? —repitió uno de los agentes, un tanto perplejo.

—¿Quiere hacer la denuncia?

Alf Manly suspiró hondamente. Por su cabeza desfilaron un montón de reflexiones en brevísimos instantes.

—No, no, déjelo.

—No obstante, le acompañaremos al centro médico. Puede tener el cráneo peor de lo que imagina.

—¿Peor? —replicó, irónico—. No creo, agente, no creo.

Uno de los policías se acercó a las personas que observaban a distancia y preguntó:

—¿Hay algún testigo de lo ocurrido?

La pregunta se repitió, pero la gente se fue dispersando: nadie quiso decir nada.

CAPÍTULO IV

Tendido en la hamaca sobre la cubierta de popa, lugar donde en ocasiones cargaba su automóvil «Volkswagen», Alf Manly tomaba el sol en bañador.

Parte de su cabeza quedaba cubierta por la gorra marinera cuya visera casi le ocultaba los ojos, unos ojos que, sin embargo, permanecían atentos.

Se había tomado ya varios analgésicos y tenía la impresión de que se hallaba en la resaca de la peor borrachera que podía coger en su vida. En el cráneo sentía constantes hormigueos, como si le estuvieran enchufando electrodos con un voltaje bajo, pero muy molesto.

Vio el lujoso automóvil pasar por delante del yate. Apenas unos minutos más tarde, cuando el sol se hallaba como colgado en lo alto del cielo, una mujer hermosa, con ropa cara y caminar elegante, subió por la pasarela a la embarcación.

—Bienvenida al *Apocalipsis*, señora Zapetti.

Ella le miró con sus ojos maquillados, unos ojos cargados de intensidad. Sólo verla le daba a Alf Manly la seguridad de que la mujer era muy sensual. Su forma de caminar, de mover las piernas y las caderas, eran una continua ondulación sin vulgaridades.

—No se levante, Manly.

—Me llaman Alf —dijo él, retirándose la gorra hacia atrás.

—¡Dios mío! —exclamó, espontánea.

—¿Estoy más feo de lo que debiera? —preguntó él irónico, poniéndose en pie. Tenía dos cicatrices en la frente, cerca del cabello y se le notaban algunos morados.

—Le han golpeado muy duro.

—Sí, y debajo del pelo también, pero no se ve. Dar lástima a las mujeres hermosas también tiene su gancho para ligar, no crea.

—Cuando César me contó lo que le habían hecho...

—¿Y quién se lo dijo a él?

—Le llamaron por teléfono.

—¿El tipo de la compraventa?

—Seguro.

—¿Y por qué no salió a ayudarme?

—Sé que fueron unos jóvenes pandilleros con palos y cadenas.

—Sí, eso me pareció a mí. Como estaba contando estrellas, no tuve tiempo de verlos bien, pero el culpable me las va a pagar, palabra que me las pagará.

—¿Busca la policía a esos chicos?

—No sé, supongo que sí. Yo no he hecho la denuncia, pero hay que prevenir antes de que se les ponga a tiro alguien con la cabeza menos dura que la mía; claro que lo que me gustó menos es que me quitaran la tabaquera que acababan de entregarme.

—¿La tabaquera?

—Sí, con el dinero dentro. ¿No le ha informado César?

—Sí, sí, estoy al corriente.

—Pues no estoy dispuesto a perder el dinero.

—¿Se lo ha dicho a la policía?

—No por ahora. Todo se hace en secreto, es lo que me pidió Elisa.

—Cuánto siento lo que le ha ocurrido. ¿No será peor que el sol le dé en la cabeza herida?

—Parece que el cráneo está bien. Llevo unos cosiditos, nada de importancia según el médico de urgencias, pero no me gusta que me cosan, quizá sea fobia al hilo y a la aguja. Por cierto, ¿quiere tomar algo? Tengo hasta hielo, este yate está muy bien equipado. Va se irá dando cuenta, puesto que ha de viajar en él.

—¿Puedo visitarlo ya?

—Sí, claro, verá los camarotes, no están mal y es evidente que me molestaría mucho que lo ametrallaran o le pusieran un explosivo.

—¿Quién podría hacer semejante cosa?

—Si uno mete las narices dentro de un avispero, ¿qué cree que le ocurre señora Zapetti?

Ella sonrió.

—Pues que le pican la nariz. Llámame Oriana, por favor.

—¿Qué deseas tomar?

—*Whisky* con hielo.

—¿Y zumo de aguacate, no?

—Si es de primera calidad, ¿por qué no?

—Estaría feo que fuera yo quien dijera que mi aceite de aguacates es de primera calidad.

—¿Debo tomar tus palabras con doble intención?

—Si me entiendes perfectamente, es como si hablara en primera intención... Creo que a ti se te puede hablar claro, Oriana.

Fue hacia el bar para preparar la bebida. Ella se dedicó a observar los camarotes.

Con los vasos preparados en la mano, Alf llamó:

—¡Oriana!

—Estoy aquí.

Anduvo hacia uno de los camarotes. La luz entraba por el ojo de buey, tamizada por una cortinilla. La mujer se había tendido en la cama, con zapatos incluidos.

—¿Es cómoda?

—Probaba a ver si lo era. Como he de dormir unos días aquí.

—¿Qué te parece si te quitas los zapatos?

Ella hizo unos gestos con sus pies y los zapatos saltaron fuera de la cama.

—¿Te parece mejor así?

Aún con los vasos en la mano, Alf se sentó en el borde del lecho. Le ofreció uno a ella que, echándose hacia atrás, se sentó, apoyando la espalda en el dosel acolchado.

Oriana bebió un sorbo y la fuerza, la intensidad de su mirada aumentó sobre los ojos masculinos.

—Oriana, eres una caliente.

—Y tú, un engreído. Si no fuera porque tienes una cara que da pena, te pegaría una bofetada.

—Tienes aspecto de poder dar la bofetada. A lo mejor, hasta te excita.

—¿Crees que soy una sádica? —Runruneó.

—Es posible que lo seas, pero eso tendría que averiguarse.

—¿Cómo?

La lacónica pregunta era todo un desafío y Alf Manly lo interpretó así.

Inclinó sus manos sobre ella y le desabrochó el vestido.

—¿Qué haces? —preguntó ella, fingiendo una sorpresa que sin duda alguna no sentía.

—Imaginaba que no usabas sujetador, por lo menos para venir a verme.

—Estás demasiado pagado de ti mismo.

Alf Manly, como si no oyera la crítica, observó las erguidas mamas femeninas y le dijo:

—Cuando las vi en tu casa, me dije que sería un placer acariciarlas.

—Franqueza por franqueza: Yo me pregunté qué tal sabrías hacerlo.

—Pronto hallarás respuesta...

El sótano hedía a tabaco, a bebidas alcohólicas, a sudor e incluso a orines. Sin embargo, nada de aquello parecía molestar a los jóvenes que allí se habían citado.

Johnny Dientes Largos era el más alto del grupo. Su elevada estatura quedaba más destacada debido a su delgadez extrema. Ninguno de los jóvenes de la pandilla se atrevía a desafiarle para arrebatarse el puesto de cabecilla.

Gus fue el último en llegar. Se abrió la ventana de cristales que quedaba a ras de acera y se descolgó por un madero allí colocado.

Gus era el gordo del grupo; no podía sustraerse a la tentación de comer una pastilla de chocolate tras otra. Había días que la piel de su rostro adquiría un tinte amarillento y para quitárselo, bebía desproporcionadamente el *whisky* de las botellas que robaban o compraban con el dinero robado.

En aquellas circunstancias, Gus caía en una sudoración fría y dolores abdominales. Luego, Johnny le metía un par de pastillas en la boca y se dormía. Permanecía así largas horas hasta que despertaba flácido, sin fuerzas. Gus quemaba su vida en forma precipitada y él, estúpidamente, llegaba a creer que era un mérito aparentar más años de los que realmente tenía.

—Ya era hora, Gus —rezongó Johnny.

Todos aguardaban. Se cruzaron algunas bromas hasta que se sentaron alrededor de Johnny. Cerca de éste había una chica de cabello largo, delgada y de ojos tristes. Posiblemente fuera mayor que Johnny, pero ella no revelaba su edad. Cualquier psicólogo se hubiera dado cuenta de que Amy tenía una edad mental inferior a

la física.

—Ha sido un trabajo limpio y rápido. ¿Y qué os dije? La policía no meterá sus narices.

—Acudieron dos oficiales —advirtió uno de los chicos.

—¿Y qué, nos buscaron? Os digo yo que no. ¿Creéis que no nos vieron? Claro que sí, nos vio la gente de la calle y más de diez podrían reconocernos; pero ¿quién se ha ido de la lengua?

—Nadie, nadie, nadie. —Amy se echó a reír—. Johnny es un genio.

—Bueno, bueno, tampoco es para tanto, Amy. Todos saben que yo preparo las cosas bien y ninguno va a la trena. En cambio, otros que se las dan de listos ya han pasado por los barrotes.

Sacó un fajo de billetes y dirigiéndose uno a uno, les fue entregando lo que él juzgaba que les correspondía.

—Toma, y tú, y tú...

—¿Sólo cien «pavos»? —se quejó Gus.

Otro gruñó:

—¿Casi matamos al fulano y sólo nos das esto?

—Ya os dije que no había que darle demasiado fuerte, bastaba con dejarlo idiota por un rato, nada más. Cien pavos por atizarle a un fulano es mucho.

—Pues, a ver si se te ocurre algo mejor. Asaltos de cien dólares no dan para mucho.

—Es verdad —dijo otro que estaba casi tendido en el suelo—. La «hierba» está cada día más cara.

—Está bien, está bien, sois unos desagradecidos. Ya pensaré algo mejor, algo que dé más dinero. Le tengo echado el ojo a una joyería de la que por lo menos sacaremos un millón.

—¿Una joyería? —Silbó otro de los muchachos—. Eso es a lo grande.

—Mi hermano dice —puntualizó otro del grupo—, que por las joyas robadas casi no dan nada, que sólo es negocio robar una joyería cuando se tiene otra joyería.

—Yo conozco a un tío que paga bien las joyas, ya veréis, en vuestra puta vida habréis tenido tanto dinero junto. Esto de darle unos golpes a ese fulano no ha sido más que un pasatiempo.

—¿Tan valiosa era la caja de cuero? —preguntó Gus.

—Eso, a ti no te importa. Alguien la quiere y eso es todo.

—Johnny tiene razón —opinó un chico delgado que cuidaba su vello incipiente como si ya fuera un bigote frondoso—. Ha sido fácil y cien «pavos» no son de despreciar. Yo pienso gastármelos con una tía que me sé que está de miedo... No os creáis que es nada barato, no, tía fina, lo que me gusta a mí.

—Éste sí que sabe vivir —rezongó Johnny.

Largo rato estuvieron hablando y bebiendo, esto último mucho más. Al fin, se fueron desperdigando.

Johnny le dijo a su compañera:

—Espérame aquí, tengo que hacer una visita.

—Déjame ir contigo, ya sabes que me da miedo estar lejos de ti.

—Vaya miedosa estás hecha... ¿Y el día que te sacuda de mi lado?

—Si me dejas, me «pico» diez veces seguidas y me voy al paraíso eterno.

—Anda ya, si no tienes ni para pagar un «picotazo».

—Me haría cinco o seis fulanos seguidos y con lo que, me pagaran me dopaba hasta reventar.

—Eres idiota, pero me sirves de compañía, eso es, de compañía, eres como una perrita. Anda, vente conmigo.

De detrás de unas tablas, Johnny Dientes Largos sacó la tabaquera de cuero. La metió dentro de una bolsa de deporte y abandonó el refugio. Amy lo hizo tras él, demostrando habilidad para trepar por el tablón.

Anduvieron por las calles.

Johnny daba largas zancadas, obligando a Amy a caminar aprisa también para no quedarse rezagada. La mirada rápida y huidiza del joven iba de un lado a otro como buscando algo, quizá a un agente de policía que pudiera identificarle y correr tras él para sujetarle las muñecas con unas sólidas esposas, pues no eran pocos los ciudadanos que podían quejarse de sus asaltos, golpes, atropellos y otras cosas. Llegó frente a la casa de compraventa.

El hombrecillo que la atendía, al verle se apresuró a bajar la cortinilla de plástico que impedía que pudieran verles desde la calle.

—Johnny, ¿no te dije que vivieras cuando hubiese cerrado?

—Tenía prisa, viejo.

—Está bien, está bien. ¿Traes la tabaquera?

—Sí, aquí dentro. —Señaló la bolsa de deporte.

—Hiciste un buen trabajo.

—Claro que sí. Usted dijo: «Mil dólares por darle unos palos y quitarle la tabaquera que se llevara de mi casa».

—Eso es. Sabías que en esta calle nadie os denunciaría pese a que todos os conocen.

—Me dijo que aquí dentro había un dinero suyo.

—Es verdad, Johnny. Tú y yo hemos hecho muchos negocios juntos y nunca te he mentado, ya lo sabes.

—Siempre me ha pagado a precio de miseria lo que le traigo.

—Yo tengo un negocio de compraventa; la policía siempre anda husmeando por acá y lo que se roba vale poco.

—Sí, muy poco. Si vale mil, usted paga cien, diez veces menos.

—Corro mis riesgos al volver a vender. —Suspiró—. Bueno, Johnny, ya veremos lo próximo que me traigas si puedo pagarte un poco más.

Amy, en absoluto interesada en lo que hablaban Johnny y el hombre de la compraventa que no rechazaba ningún negocio que se le pudiera presentar, por sucio que fuera, se dedicaba a mirar los objetos del mostrador. En realidad, se sentía atraída por unas figuritas de porcelana muy delicadas que representaban unas parejas de danzantes, completamente desnudos.

—Podemos empezar ya a repartir mejor.

—¿Es que tienes algo que venderme? Mira, Johnny, luego hablamos de lo que hayas robado por ahí. Ahora, dame la tabaquera.

—Quiero la mitad.

El hombrecillo le miró muy fijo a través de sus gafas, como no comprendiendo.

—¿La mitad de qué?

—La mitad de lo que hay en la cajita de cuero.

Bruscamente, de la seriedad pasó a una carcajada que fue corta, muy corta.

—Anda, Johnny, déjate de bromas absurdas.

—No es una broma —le recalcó el joven delincuente, apartando la bolsa de deporte de las manos que pretendían cogerla—. Dentro hay treinta y cuatro mil.

—Treinta y cinco —puntualizó el viejo usurero.

—Mil ya están repartidos entre los muchachos de la pandilla.

—Está bien, es lo que dije, mil.

—Para ellos está bien; para mí, no —silabeó Johnny.

—De acuerdo, de acuerdo, no discutamos... Uno de los grandes para ti.

—Quiero diecisiete —insistió Johnny—. Sé contar muy bien.

—Mira, Johnny, no te pongas estúpido. Si no te hubiera dicho lo que tenías que hacer, no habrías sacado ni los mil pavos. El cerebro soy yo.

—Yo soy el que ha dado la cara y si la policía pesca a alguien y lo lleva a la sombra, será a mí.

—Te he dicho mil para ti y no insistas; te estás poniendo desagradable.

—Diecisiete y seguiremos siendo amigos.

—Johnny, sabes que si yo telefono, a ti te dan la paliza más grande de tu vida y no te vas a recuperar jamás, quedarás hecho una piltrafa. Te van a partir los huesos de las manos, de los pies, de las piernas, de los brazos y te hundirán las costillas.

—Siempre está amenazando. Ya sé que paga el sindicato, pero a mí no me da miedo, ni usted ni ellos. Cuando tenga unos años más, fundaré mi propio sindicato.

—Creo que tomas demasiado «Charlie»^[1] —masculló.

—Si le entrego la caja es porque quiero dinero, no porque tenga miedo.

—Está bien, no me tienes miedo, dame la bolsa.

—Aquí está.

Johnny levantó la bolsa. Por debajo de ella, sonó un ruido como un chasquido y la mano del joven dio un fuerte empujón.

El hombre de la compraventa quedó quieto un instante. Abrió mucho los ojos, luego la boca y comenzó a temblar, llevándose las manos al vientre.

—Retuércete, viejo idiota. ¿Pensabas que Johnny te tenía miedo? Ahora, todo será para mí. Me voy a ir de esta podrida ciudad a otra parte con toda la pasta para mí solo.

Su víctima ya no le oía, seguía temblando espasmódicamente hasta que Johnny apartó la mano bruscamente y el viejo cayó al suelo. Ahora, aún parecía más débil, más insignificante físicamente.

—Johnny, ¿qué le pasa?

El joven miró la navaja teñida en sangre que todavía conservaba en su mano.

—Que está de camino hacia el infierno. Cuando deje de moverse, habrá llegado.

—¿Lo has matado?

—No hagas preguntas estúpidas, el viejo tendría más dinero.

Abrió con violencia la caja registradora y encontró solo unos pocos billetes que metió en sus bolsillos. Luego, miró las estanterías.

—¿Dónde tendría su dinero el condenado?

—¡Johnny!

—¿Qué? —preguntó, ya transformado en una fiera.

—¿Puedo llevarme esto? —Amy mostró las figuritas que tenía en sus manos.

—Haz lo que quieras. Hay que largarse pronto.

Limpió la navaja en la propia chaqueta del muerto, cuyos bolsillos registró. En la billetera encontró veinte dólares con una notita que advertía:

«Señor ladrón, llévase el dinero pero no me haga daño, por favor».

—¡Maldito! Y lo demás, tarjetas de crédito.

Desparramó la billetera y, como un lobo, saltó hacia la puerta.

Lo que Johnny no esperaba en aquellos momentos era ver cerca una gorra marinera azul oscuro.

—¡Rápido, Amy!

Alf Manly se fijó inmediatamente en la parejita. Como hacia la puerta del comercio de compraventa y descubrió al viejo en el suelo, la sangre brotaba de su vientre.

Se lanzó en persecución de Johnny que ya estaba lejos. Éste, al ver que el hombre de la gorra marinera corría hacia él, no lo pensó dos veces y echó a correr también. Amy, desconcertada, corrió en pos de Johnny, aunque su velocidad no era la misma.

Sorteando a la gente, saltando entre los coches, metiéndose en los callejones, Alf Manly rebasó a la chica y logró acorralar a Johnny en un portal. Éste desnudó la hoja de su navaja.

—Si quieres que te pinche, ven a buscarme, cabrón.

Alf Manly sabía que se hallaba frente a un asesino juvenil. ¿Quién era el culpable de que aquel muchacho se hubiera

convertido en una fiera del asfalto? No lo sabía con exactitud, pero sí sabía que acababa de matar a un hombre y que hundiría la navaja de nuevo en la carne humana si podía hacerlo.

Jadeante aún, en aquel momento captó unos golpes rítmicos.

Desvió la mirada y vio a un ciego que avanzaba por la acera.

Dio una zancada hacia atrás y le arrebató el bastón blanco.

—¡Eh, eh!

—¡Quédese quieto, le devolveré el bastón enseguida!

Johnny miró a un lado y a otro. La escalera interior estaba protegida por una reja, colocada allí por alguien que desconfiaba de los ladrones como Johnny.

—Ahora, tira la navaja —le ordenó Alf Manly, sujetando bien el bastón y apuntando con él hacia Johnny, mientras el ciego permanecía quieto, sin saber qué actitud adoptar.

—¡Tú lo has querido! —chilló más que rugió Johnny, cuyo rostro se había desencajado, transfigurándose. No era un ser humano en aquellos momentos, sino una bestia asesina. La navaja buscó el cuerpo de Manly, que consiguió asestar un bastonazo en la mano armada. El dolor en los huesos, tendones y nervios, hizo saltar el afilado acero al suelo. Johnny babeó de rabia. Quiso recoger el arma, pero Alf Manly le dio bastonazos a ambos lados del rostro, abofeteándolo con él.

Johnny fue de un lado a otro notando un intenso escozor en las orejas, era como si las hubiese metido en un horno al rojo blanco. Alf Manly sabía que la única manera de reducirlo era pegándole duro y no dudó en darle un poco más de lección a bastonazos.

Johnny gateó lanzando la bolsa lejos de sí.

—¡Es suya, no me pegue más!

De uno de sus bolsillos, Alf Manly sacó una cuerda de nylon. Era marino y sabía bien lo que era manejar una cuerda. Con ella maniató a Johnny dejándole con las manos a la espalda y cogido a las rejas.

Amy se había perdido por el camino con las figuritas de porcelana entre sus manos. Se vio cómo desolada llamando:

—¡Johnny! ¡Johnny!

Unas ruedas chirriaron y el parachoques de un automóvil golpeó las piernas de la muchacha, que cayó contra el asfalto. Alguien se apresuró a chillar:

—¿Lo han visto, lo han visto? ¡Cruzaba en rojo!

Alf Manly se acercó al ciego y le devolvió su bastón.

—Perdone, pero me hacía falta.

¿Quién, quién es usted?

—Alguien que ha visto a un viejo asesinado.

—¿Asesinado?

—Sí, en Seventy Street, en una tienda de compraventa.

—¿Y el asesino?

—Está atado ahí dentro. Haga el favor de llamar a la policía y decirle lo que acaba de oír.

—Pero, usted, usted, ¿quién es?

—Tengo prisa, y repito, gracias por el bastón.

Alf Manly arrojó la bolsa al suelo y se llevó la tabaquera cuando Johnny le gritó:

—¡Espere, espere!

—Que te suelte la policía.

—Si me suelta, le diré una cosa.

—¿Qué cosa?

—¡Suélteme primero!

—Di tú antes lo que sea.

—El viejo de la tienda me ofreció mil dólares para que le quitáramos la tabaquera —balbuceó muerto de miedo y dolorido por los bastonazos. No era el mismo ser engreído y arrogante que asesinará al viejo.

—Eso ya me lo figuraba, no me has dicho nada nuevo.

—¡Bastardo!

—Adiós, hermano, tú has escogido tu propio destino.

Alf Manly se acercó corriendo, mientras Johnny quedaba esclavo de un arrebató de pánico. Aulló, temblando espasmódicamente, mientras en la calle el ciego gritaba:

—¡Policía, policía!

CAPÍTULO V

Elisa se presentó en el yate casi irreconocible para el propio Alf Manly que podía preciarse de conocerla bien, no en vano la había podido contemplar en completa desnudez.

Su cabello abundante era ahora pelirrojo rizado y cubría parte de su rostro con unas gafas de concha grande y cristales transparentes que pretendían indicar una ligera graduación.

Venía sería, su boca mostraba un rictus duro que Alf Manly captó nada más verla.

—¿Te duelen todavía los golpes?

—Alguno.

—¿No será mejor que te visite un médico?

—Tú tampoco has recibido poco —dijo irónica, casi sarcástica.

—Sí, creí que de ésta me curaba, pero sigo siendo idiota.

—¿Por qué?

—Por meterme en líos que no comprendo.

—Pero que te proporcionan buenos beneficios.

—Al final no siempre salen bien las cosas y en vez de ganar se puede perder en exceso.

—Dentro de dos horas, partiremos.

—¿Ya?

—Sí, supongo que tienes llenos los depósitos de carburante.

—Sí, soy de fácil llenado.

—Cuidado, no me gustan cierta clase de bromas.

—Pues a mí, sí. Estás muy dura, Elisa. Cuando navegamos en este yate y saliste a tomar el sol en tu cuerpo morado por los golpes, me pareciste más dulce.

—Sería porque estaba trastornada por los golpes.

—Elisa, no nos conocemos desde hace mucho, pero me da la impresión de que te ocurre algo.

—¿A mí? No digas tonterías. ¿Qué velocidad podrás alcanzar

con el *Apocalipsis*?

—Con el motor a toda potencia se pueden conseguir los treinta nudos.

—Hay yates que corren más.

—Sí, claro, pero no son míos. No obstante, éste tiene su ventaja.

—¿Cuál?

—Que si tenemos viento a favor puede navegar más aprisa desplegando las velas y si se estropea el motor, vuelvo lo mismo.

—Sí, es una ventaja. Y los alimentos, ¿está el frigorífico lleno?

—Sí, pero yo no voy a ser el cocinero de nadie.

—¿No haces de cocinero cuando te contratas?

—Según. En esta ocasión, no.

—¿Por qué?

—Porque no me da la gana. Soy el patrón del yate y aquí se hace lo que yo diga.

—Te estás poniendo muy intransigente.

—Será porque tú has llegado muy agresiva.

—¿Agresiva yo, por qué habría de estarlo?

—Verás, alguien me contó que una chica rubia y hermosa llegó al «Apocalipsis». Subió la pasarela, dio una vuelta, miró por un ojo de buey y luego se marchó.

—¿Y qué significa eso?

—Pues, que eso ocurrió justo cuando visitaba el *Apocalipsis* otra mujer muy potable pero algo más madura y no tan hermosa.

—¡Cínico!

—¿Te ha molestado que hiciera el amor con Oriana?

—¡Puedes acostarte con la perra que más te guste, a mí me da igual! ¿O es que habías llegado a pensar algo distinto?

Alf Manly la cogió bruscamente por el brazo y la arrastró hacia el interior del yate.

—¡Me haces daño! —protestó ella.

—Si gritas, llamarás la atención, tú sabrás lo que haces.

La introdujo en el yate, cerrando la puertecita. Ella le miró con ojos fulgurantes, casi con odio a través de sus gafas.

—¿Tratas de coaccionarme?

—Soy un cínico y unas cuantas cosas más, pero en ocasiones me quedo corto como un *baby* frente a otra clase de tipos.

—¿Cómo cuáles?

—De eso ya hablaremos en otra ocasión, ahora tenemos dos horas.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, Elisa, tú me gustaste nada más verte. Te saqué de una situación difícil, traté de curarte y respeté tu cuerpo.

—Pues, ahora parece cambiar de táctica.

—Cada situación es distinta. Ya no es un abuso desearte y amarte.

—¿Por qué no?

—Tú recibiste una paliza y yo otra, estamos en igualdad de condiciones.

—Lo que tú pretendes es aprovechar todas las ocasiones como hiciste con Oriana.

—Sólo se vive una vez y hasta el momento no tengo por qué ser fiel a nadie, ni creo que fuera la primera vez que Oriana le pone cornamenta a César Zapetti. Por cierto, es una experta. ¿Y tú?

La mano femenina casi silbó por encima de la cabeza de Alf Manly que se agachó a tiempo para evitar el bofetón. El siguiente tampoco pudo dárselo, él ya la había cogido por una muñeca. Después, la tomó entre sus brazos y la introdujo en la primer camarote doble que tuvo cerca.

Pudieron oírse unos insultos de protesta; luego, unos suspiros largos, muy profundos.

—¡Diablos!

Ella se inclinó sobre sí misma. No quería ver la cara de él ni que Alf viera la suya.

—Perdona, Elisa, es lo que menos podía suponer...

—¡Vete al infierno! —gimió ella.

—¿Quién iba a pensar que fueras virgen?

—¡Eres un bruto! —protestó ella.

—Hubiera empleado más delicadeza de saberlo. La próxima vez seré cuidadoso, no temas.

—¡No habrá próxima vez, antes me tiro al agua! Si no he gritado ha sido por...

—Para que no acudiera la policía, claro. Hay un asunto grande entre medio, a mí también me ocurrió lo mismo y no le conté a la policía que me habían robado treinta y cinco mil dólares. Dejé el asunto como que una pandilla de delincuentes juveniles me había

golpeado, no convenía llamar la atención.

—Siempre te cobras cualquier favor que haces, ¿verdad? —preguntó sin mirarle, levantándose para ir al cuarto de aseo.

—Bueno, tampoco te pongas así. Después de todo no me vas a decir que no esperabas que me acostara contigo...

Ella le fulminó con sus pupilas.

—¡Te odio!

—Eso está muy cerca del amor.

Ella salió, llevándose su ropa. Alf también se vistió y luego salió a cubierta justo cuando llegaban dos hombres. Uno de ellos era Marco, ya le conocía. Al otro, no, pero tenía la impresión de haberlo visto en alguna otra parte.

—¿Ha llegado Elisa? —preguntó Marco.

—Sí, está revisando las cosas. Por cierto, ¿cómo te llamas? —interpeló al más fornido.

—Ángelo —respondió.

—Ahí llega don César —señaló Marco.

Efectivamente, un automóvil se dirigía a la zona de aparcamiento. Era un lujoso «Mercedes-Benz».

—Voy a poner en marcha el cascarón.

Cuando subieron a bordo César Zapetti y su esposa, el motor del *Apocalipsis* ya runruneaba. Luego, Alf cogió el *walki-talky* y llamó por él.

—Charly, Charly, ¿me oyes?

—Sí, te oigo, soy Charly.

—Y yo, Alf.

—¿Ocurre algo? —respondió la voz que llegaba a través de las ondas.

—¿Puede echarme una mano para el desamarre?

—Sí, claro, ahora voy.

Alf Manly levantó la pasarela. Charly llegó con un pequeño *Jeep* y quitó las amarras mientras preguntaba:

—¿Volverás hoy mismo?

—No, no creo. Si dentro de un mes no he regresado, envía un correo a mi nueva dirección.

—¿Cuál será? No me la has dado.

—¡El infierno! —le gritó, antes de dirigirse a la cabina del piloto para alejarse del embarcadero y salir a alta mar. Ya en alta mar,

lejos de la costa, tanto que no se veía la línea oscura que formaba la orilla continental, Alf Manly detuvo el motor y salió a cubierta tras poner el timón fijo con rumbo sur.

En la amplia cubierta de popa se hallaban todos en butacas y tumbonas, como aguardándole. En el centro habían colocado una mesa que quedaba fijada en el piso con unos pequeños anclajes.

—Bueno, ya estamos de viaje —dijo Alf, mirándoles.

Cada rostro tenía una expresión, una actitud distinta.

Elisa había cambiado sus gafas transparentes por otras oscuras que impedían que se le vieran los ojos y se había desprendido de la peluca pelirroja. El cabello negro, lacio y sedoso, caía ahora suelto sobre su espalda.

Lo mismo que Oriana, se cubría con un *bikini*. Ambas utilizaban sujetador, era como si hubieran hecho un pacto.

Oriana sostenía en su boca una media sonrisa muy sugestiva. Parecía estar diciéndole algo.

César Zapetti desdobló un plano y puso el dedo en un punto. Lo hizo con mucha seguridad, tanta que debía haberse memorizado el mapa de tanto mirarlo.

—Éste es nuestro objetivo.

CAPÍTULO VI

Alf Manly miró la isla y leyó el nombre en voz alta:

—Green Island.

—Una isla hermosa —comentó Oriana.

—Lo sé, la conozco —dijo Alf, sorprendiéndoles.

—¿Ha estado allí? —quiso saber César.

—Sí, estuve en una ocasión que paseaba a unos turistas millonarios que dudaban entre sí comprarse un yate o no.

Elisa, mordaz, rezongó:

—Era lógico que se lo pensaran.

Oriana añadió:

—Vale mucho dinero.

—No, no era eso, simplemente tenían marearse. De pronto, decidieron visitar Green Island; por lo visto, tenían amistades allí. La isla es una urbanización privada.

—Sé perfectamente que es una urbanización restringida para millonarios. En realidad, son muy pocos —puntualizó César Zapetti—, y ninguno de ellos tiene la nacionalidad estadounidense.

—Ese detalle lo ignoraba —objetó Alf Manly—, pero la isla está bajo jurisdicción norteamericana.

—Sí, pero los multimillonarios que allí tienen sus mansiones no desean tener problemas con la ley, ni siquiera se interesan por conocerse entre sí. Incluso, esas residencias llegan a cambiar de manos en poco tiempo, sudamericanos, europeos, asiáticos que viven normalmente en sus países de origen viajando por todo el mundo y que allí tienen un refugio seguro, con sistemas de seguridad propios y evitan por todos los medios que la policía yanqui intervenga en sus asuntos privados aunque hayan resultado perjudicados en algo. Es gente que no quiere dejarse ver. No se admiten los periodistas, los entrometidos ni los mirones, son mansiones de mucho precio. Los problemas que tengan se los

resuelven ellos mismos y la policía que tiene jurisdicción en esa isla, pasa de vez en cuando rutinariamente, por cumplir el expediente. Alguien ha comentado que reciben buenos sobres repletos de dólares por mantenerse al margen y evitar también que otros entrometidos se acerquen a Green Island.

—Sí, imagino que los propietarios de esas casas lo mismo pueden ser cantantes de moda que presidentes de países bajo el control norteamericano.

—Así es.

Elisa concretó:

—La mansión que nos interesa es propiedad de su excelencia.

—¿El presidente de su Costa de Sangre? —preguntó Alf sin sorprenderse, con naturalidad, sin buscar una respuesta que daba por sobreentendida.

César Zapetti prosiguió:

—Nuestro objetivo es la mansión de su excelencia. No será fácil llegar hasta él, pero vamos preparados.

—¿Habrá fuegos artificiales? —preguntó Alf Manly.

—Es muy probable, pero no tema, nadie vendrá a preguntar qué es lo que sucede. Los trapos sucios, en Green Island, quedan en casa.

—Esa isla tiene sistemas de control de seguridad —advirtió Alf.

—Lo sabemos —asintió Marco, como dando a entender que él se ocuparía de ellos.

—Parece que todo lo tienen planeado.

Elisa puntualizó:

—Tú eres el camionero del mar.

—Bien. Cuando lleguemos a las proximidades de la isla, lo haremos en la noche. Detendrá el yate cerca y Marco y Ángelo desembarcarán. Cuando den la señal, nos acercaremos al embarcadero con normalidad.

—¿Querrá decir que hay vía libre? —preguntó Alf Manly.

—Así es —asintió Marco.

—¿Van a asaltar el chalet-mansión de su excelencia el dictador de Costa de Sangre?

—Sí —fue la respuesta explícita y contundente de César Zapetti.

—¿Van a dar un golpe de estado?

—No, no tema, la cosa no es de tanta altura. Los presidentes

como su excelencia que compran estas residencias en lugares de seguridad, rara vez las visitan hasta que llegan a la vejez o tienen que salir precipitadamente del país. Es un refugio que sólo conocen por planos y fotografías.

—¿Una inversión para el «por si acaso»? —preguntó Alf.

—Sí, eso es, una residencia para el «por si acaso», —aceptó César Zapetti—. En realidad, no la compran para vivir si no para refugiarse, para enviar a algún amigo. Eso sí, siempre ha de estar la casa a punto por si han de llegar precipitadamente. En ocasiones, los golpes de estado surgen cuando menos se espera, por eso tienen siempre un avión dispuesto, un «Harrier» inglés de despegue vertical, transformado para su uso personal.

—Ya te dije —le puntualizó Elisa—, que está a punto de caer, se tambalea y él lo sabe.

—¿Quiere decir que esperan su llegada precipitada a Green Island de un momento a otro? —preguntó Alf.

—No, por desgracia no esperamos eso todavía. Sería magnífico que llegara ahora porque él mismo se habría metido en el cepo. Tendría el placer de volarle la cabeza con mi pistola y habríamos librado a nuestro país del peor de los asesinos que haya criado jamás.

—Es un asunto a resolver entre ustedes —objetó Alf Manly.

—Sí, es nuestro problema, por eso queremos recuperar lo que su excelencia ha robado a nuestro pueblo.

—¿Quiere decir que lo que ha robado está en esa residencia?

—Sí, Alf, allí están muchos de los tesoros de nuestro país. Por desgracia, estas urbanizaciones privadas que bajo la tutela de los Estados Unidos se mantienen muy secretas, son auténticas fortalezas. Nadie sospecha que una de esas residencias pertenece a su excelencia: el dictador. Gracias a unas filtraciones, lo averiguamos y venimos preparando este plan desde hace algún tiempo. Ha llegado ya el momento de recuperar lo que se llevó el ladrón.

—Eso no está nada mal, comienza a gustarme el plan. ¿Y en qué consiste lo robado?

—Lingotes de oro, lingotes de plata —fue explicando Elisa—, esmeraldas, muchas esmeraldas, también diamantes, rubíes, lienzos famosos, esculturas, porcelanas antiquísimas, figuras de oro

precolombinas, un auténtico tesoro.

Alf Manly silbó admirativo.

—No pueden llegar a pensar en meter todo ese tesoro del que hablan en la bodega de mi yate, es un riesgo.

—¿Lo dice por si zozobra? —preguntó César Zapetti.

—Claro, podemos ir al fondo del mar.

—Hay muy poco trecho peligroso en el recorrido marino.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó Alf.

César Zapetti sacó otro mapa dibujado sobre papel vegetal transparente.

—El regreso lo efectuará por esta ruta —explicó—. Hemos de correr los mínimos riesgos.

—¿Por qué esa ruta?

—Hemos recibido informes de un oceanógrafo que nos ha facilitado la ruta donde la profundidad es mínima por existir fondos arenosos. Si este yate se fuera a pique, vendría otro a rescatarlo porque la profundidad no será excesiva. Dejaremos una boya flotando, de tal forma que no habrá problemas de recuperación de los tesoros, aunque sí haya que aceptar que las pinturas se deterioren, pero las figuras, las joyas, las porcelanas, la plata y el oro, no sufrirán y las recuperaremos.

—Da gusto trabajar con ustedes, piensan en todo.

—Si hemos de conseguir un objetivo de gran importancia, es lógico que pensemos en todos los detalles —dijo César Zapetti.

—Todavía no me ha dicho qué sucederá si hay resistencia en ese chalet donde se guarda el tesoro del país de ustedes.

—Si hay resistencia, la barreremos —dijo Marco.

—¿Qué clase de armas se han traído al yate? Creo tener derecho a saberlo, yo también me juego la piel.

—Las necesarias —dijo Marco, dando a entender que él se encargaría de la acción directa.

—¿Volarán la mansión después?

—Esos pequeños detalles los iremos comentando en su momento —cortó César Zapetti—. Ahora, Manly, de un gran rodeo por el océano para llegar a esa isla. Si alguien nos ha seguido, no debe intuir que nos dirigimos a Green Island para evitar sospechas. Somos una organización clandestina en defensa de nuestro pueblo, pero por mucho secreto que haya, siempre corremos el riesgo de ser

descubiertos y vigilados.

—Estamos en alta mar, querido, nadie nos oye aquí —le recordó Oriana.

—Desconfiaré de todo y de todos hasta que este asunto haya terminado. Si fracasamos, habremos perdido la recuperación de parte del tesoro de nuestro país y además habremos sido sentenciados a muerte por su excelencia. No podremos escapar a esa pena de muerte porque a él le bastará girar unos cheques a determinadas compañías multinacionales tras las que se esconde la Mafia y los sicarios nos asesinarán allá donde quiera que lleguemos a escondernos.

CAPÍTULO VII

Los camarotes dobles habían sido distribuidos uno para el matrimonio Zapetti, otro para Marco y Ángelo y un tercero para Elisa, que era la que estaba más ancha.

El más estrecho se lo había reservado Alf Manly como solía hacer cuando paseaba a turistas. El camarote sólo tenía una cama pequeña, pero poseía el *bureau* con todos los papeles personales de Alf y se hallaba muy cerca de la cabina de pilotaje del yate de tracción mixta, vela y motor. Desde aquel camarote podía ver la proa y por tanto, la dirección que tomaba la nave.

Estudió la ruta a seguir con sus cartas marinas. Había comprobado el plano que le entregaran de los arenales submarinos por dónde tenía que navegar por si ocurría la desgracia de zozobrar. Todo estaba perfecto.

EL *Apocalipsis* daba un gran rodeo, nadie hubiera podido intuir su destino por la ruta que seguía.

Para Alf Manly no iba a ser ningún problema acercarse a Green Island que se hallaba relativamente cerca de la costa continental, apenas a veinte minutos en una motonave.

Se veía bien la costa y con prismáticos, incluso los automóviles que pudieran circular por la carretera costera.

Green Island no era la única isla del lugar; había otras, algunas sólo eran un peñón rocoso emergiendo en las aguas. Alf estaba seguro de poder navegar por aquellas aguas de jurisdicción estadounidense sin problemas, aún de noche y sin motor, pues de esta forma podría acercarse mucho sin ser descubiertos.

Todo parecía que iba a ser muy sencillo; sin embargo, Alf Manly tenía la corazonada de que algo saldría mal, algo grave tendría que ocurrir.

No se le escapaba que entrar con violencia en una mansión privada significaba un delito según las leyes americanas; pero entrar

en una mansión comprada con el sudor y la sangre de un pueblo oprimido, no le parecía malo.

No obstante, tenía pensado evitar cualquier acción que pudiera considerarse punible según las leyes. Después de todo, a él se le contrataba para pasear a unos turistas ricos, a un exportador-importador de aguacates y a su pequeño séquito, una secretaria y dos hombres. Si ellos causaban problemas, no era asunto suyo.

Debía tener la conciencia tranquila, no se consideraba miembro ni partícipe de ningún *gang que se disponía a perpetrar un asalto. Se trataba de recuperar el botín de un robo y la aventura tenía su encanto, un encanto cargado de riesgos.*

—¿Por qué no me llamaste? —se quejó Oriana en un momento en que consiguió quedarse a solas con Alf Manly en la pequeña cubierta de proa mientras él disponía el velamen adecuadamente para captar la mayor fuerza del viento, fuerza que ayudaría al motor.

No le hacía falta rapidez, pero quería comprobar cómo se unirían las dos fuerzas, la eólica y la del motor de gas-oíl.

—¿No tuviste suficiente? —rezongó él, casi sin prestarle atención, anudando unos cabos.

—¿Suficiente? El placer, cuando es bueno, nunca es suficiente.

—¿Por qué no le pides a César lo que necesitas?

Irónica, replicó:

—Indiscutiblemente no tiene tu vigor, tu fuerza, tu poder. No es lo mismo, entiéndelo.

—Hablas casi como una ninfómana.

—No lo soy. No voy detrás de todos los hombres para satisfacer mi deseo sexual.

—No dirás que he sido el único que ha coronado a tu marido con la orden del cuerno...

—Ha habido otros, es cierto, pero...

—No sigas, podría enorgullecerme demasiado y eso es peligroso.

—¿Te parece bien esta noche?

—No.

—Por favor...

—¿Te olvidas de César?

—No, no me olvido, pero él se duerme profundamente cuando

se toma sus somníferos.

—¿Se los toma o se los haces tragar tú?

—Se los toma, no hace falta que se los dé yo.

—De todos modos, olvídale.

—¿Es que tú no quedaste complacido? A mí me pareció que lo pasabas bien conmigo.

—Es cierto, pero tú no eres la única con quien lo he pasado bien en la cama, querida. Por favor, mientras estemos navegando no insistas más. Ahora estoy en plan de trabajo y cuando trabajo me gusta tener un autocontrol perfecto y en la cama se pierde todo el control.

Molesta, Oriana se apartó de Alf Manly sin despedirse, sin desear las buenas noches. Todos habían cenado ya y aquella noche, todos tratarían de descansar, ya que tenían previsto asaltar el chalet de su excelencia a la siguiente noche.

El *Apocalipsis* navegaba bien con la vela mayor, la mediana y el foque desplegados. Alf sujetó bien el timón y puso el motor en marcha aún a sabiendas de que iba a molestar un poco a quien tratara de dormirse.

Durante casi una hora, lo hizo navegar con fuerza y el yate respondió. La proa se alzaba y descendía cortando las aguas y dejando atrás una estela blanca exponente de velocidad y poderío.

Se sintió orgulloso de su *Apocalipsis* y miró la marcha hasta detener el motor y dejar que navegara a vela.

Permaneció un buen rato sentado en la cubierta, encogidas las piernas y fumando varios cigarrillos.

Le gustaba sentir el viento marino sobre su rostro, por ello se había colocado de espaldas a proa para contemplar las estrellas. Las velas blancas reverberaban la luz pálida de la luna en aquella noche estrellada.

Decidió ir a su camarote.

Él también debía dormir para estar bien despejado al día siguiente. No había nadie en pie. Fijó el timón y como estaba seguro de no tener ningún obstáculo en las siguientes horas, optó por acostarse como si fuera un navegante solitario.

Al pasar frente a la puerta del camarote donde dormía Elisa, se detuvo.

Aquella joven ejercía una poderosa atracción sobre él. La había

salvado de los dos tipos que querían secuestrarla en la calle. Luego... Recordó algunas escenas vividas con Elisa y aquello hizo que alzara la mano hasta el pomo de la puerta.

Quiso abrirla, pero comprobó que estaba cerrada. Soltó el pomo y fue hacia su camarote. Abrió el *bureau* y de él extrajo un llavero. Con él en la mano, regresó ante la puerta cerrada e introdujo cuidadosamente la llave para no hacer ruido.

Si Elisa había quitado la llave de la cerradura, todo iría bien. Si la había dejado puesta, no podría abrir.

Por suerte, la joven la había quitado y la puerta cedió. Como el barco gemía ligeramente, empujado por el viento, el chasquido de la puerta al abrirse pasó inadvertido.

Se apresuró a cerrar y se acercó a la cama amplia que se balanceaba, pero Alf Manly ya sabía que Elisa no se mareaba.

La muchacha apenas yacía cubierta con una sábana y parte de su cuerpo aparecía desnudo. El aire entraba por el ojo de buey abierto. Alf se sentó en el borde de la cama y aproximó su mano para acariciar aquel cuerpo siguiendo la ondulación de sus curvas naturales.

—¡Eh!

—No temas, no soy una pesadilla —siseó al ver el sobresalto de la muchacha.

—¿Alf?

—Sí, aunque no me veas bien, soy Alf. Si quieres, enciendo la luz.

—¿Cómo has entrado?

—Ya sabes que soy un cínico y un canalla, contigo, eso sí, sólo contigo. No puedo remediarlo, eres como una droga.

—¡Sal de aquí!

—No, no saldré.

—¡Sal o te mato a tiros!

—Bueno, será hermoso morir tiroteado después de amarte.

Ante la sorpresa de Elisa, comenzó a quitarse la camisa y luego los zapatos.

—Pero ¿qué te has creído?

—Te amo, Elisa, y yo el amor lo concibo de forma integral, completo, ya me entiendes.

Ella se revolvió hacia la mesita de noche. Alf la observó de reojo

pero no le prestó atención, seguía quitándose la ropa. Elisa consiguió hacerse con la pequeña pistola que Alf ya conocía.

—Sal de este camarote o te convierto en un colador. Ya sabes que soy capaz de apretar el gatillo.

—Sé que eres capaz de apretar el gatillo —admitió—, claro que si lo haces ahora, os quedáis sin patrón de yate y no sé cómo os las arreglaríais para llegar a Green Island.

—¡Eres un cínico! —Escupió, furiosa.

—Eso ya lo he admitido yo, tendrás que inventarte algo nuevo.

—Está bien, no te mato ahora, pero si me tocas, te llenaré de balas cuando este asunto termine.

Ya libre de ataduras de ropa, Alf Manly alargó su mano hasta posarla en la unión de los muslos de Elisa. Notó que ella se estremecía y que luego trataba de escapar, pero la sujetó y acarició en profundidad.

—¡Cerdo, te mataré! —sentenció ella con voz ronca.

CAPÍTULO VIII

El *Apocalipsis* detuvo su motor y plegó velas.

Ángelo y Marco, que durante el viaje habían hablado mucho entre ellos, repasando todo el material, prepararon una lancha neumática de color negro que botaron nada más cerrarse la noche.

Ellos mismos, como si fueran comandos milicianos, se vistieron de negro y ensombrecieron sus rostros con pintura.

Sobre la lancha cargaron dos cajas de plástico herméticamente cerradas. A la espalda se pusieron sendos rifles de máxima fiabilidad con mira telescópica y silenciadores acoplados. También llevaban pistolas de larguísimo cañón colgadas de la cintura, cañones que parecían extraordinariamente largos porque ya llevaban el silenciador incorporado. No se olvidaban los cuchillos, y Alf Manly supuso que tampoco otras armas.

Había llegado el momento. Aquellos hombres serían los ejecutores materiales del asalto. Lo que Alf Manly no se explicaba del todo era la presencia de las mujeres. Para cargar, hubiera sido mejor llevar a dos hombres en su lugar. Oriana, por ejemplo, parecía una mera figura decorativa; sin embargo, se dijo:

«Sirve para disimular, para dar el aire de matrimonio burgués que sale de vacaciones en un yate de alquiler».

—Estaremos atentos a la llamada —les dijo César Zapetti a Ángelo y a Marco cuando ambos saltaban sobre la lancha neumática movida a remos.

Desde el *Apocalipsis* podían ver claramente la isla y algunas luces, no demasiadas. La visibilidad resultaba buena gracias al plenilunio que tenían sobre sus cabezas, una luna grande y redonda. La noche no podía ser mejor.

—Cuidado, no os expongáis —les dijo Elisa.

Alf Manly fumaba un cigarrillo sin importarle que pudiera verse desde tierra. En una noche de plenilunio, el brillo de la punta de un

cigarrillo era un destello más en un mar reverberante.

Ángelo y Marco asieron los remos con fuerza y rítmicamente, acompasados ambos, como si hubieran pasado meses entrenándose para aquella situación, remarón con fuerza.

La Isla Verde estaba cerca, tan cerca que semejaba poder tocarla con las manos; sin embargo, su perfil era negro, más negro que el cielo sin luna y algo desagradable parecía presagiar.

—¿Y si los matan? —preguntó Alf.

César Zapetti respondió:

—Son muy listos. Saben cuál es su trabajo y han estado peleando en la clandestinidad durante mucho tiempo. Son guerrilleros puros.

—¿Quiere decir que a los tipos como ellos no les importa la causa por la que luchan?

—Yo diría que en las guerrillas, en los grupos rebeldes y revolucionarios, hay varias clases de individuos. Por supuesto, los hay que han sido maltratados de una u otra forma: El asesinato o la tortura de un familiar, el expolio de sus bienes personales, el impedimento de llevar adelante una vocación profesional, ya sabe, escritores, periodistas, filósofos, etcétera.

—Sí, esos forman el grupo de los que piden justicia. ¿Y los que son como Marco y Ángelo?

César Zapetti completó:

—Esos hombres han nacido para pelear y sirven a la causa que sabe captarlos.

—Se les llena la cabeza de odio y, ¡hale! a luchar, ¿no?

—Sí. Si no se consigue llenarles la cabeza de odio, se transforman en mercenarios al mejor postor. Entonces, resultan mucho más caros pero, después de todo, hacen el mismo trabajo.

—No le suponía a usted tan cínico, señor Zapetti.

—¿Qué creía, Manly, que el cínico sólo lo era usted?

—Me ha dado una lección que creo no olvidaré nunca —admitió.

—No es para tanto, sólo comentábamos. Ahí, delante de nosotros, ya no los vemos, van dos hombres bien armados dispuestos a matar y lo hacen por la causa del pueblo, para impedir un expolio y recuperar lo robado. Imagínesse que esos dos mismos hombres hubieran sido convencidos desde muy jóvenes por las

fuerzas de Su Excelencia. ¿Qué sucedería ahora? Pues que sus armas apuntarían hacia nosotros y no a la inversa.

—¿Y cómo piensa usted que podría captarlos Su Excelencia para que le sirvieran como perros fieles?

—Muy fácil, captándolos en una escuela paramilitar en su juventud. Todo pagado, bien tratados y cuidados. Luego, al salir, los harían ingresar en una guardia especial donde ascenderían rápidamente, los galones y las medallas no desagradan a nadie o, por lo menos, a casi nadie. Después tendrían oportunidad para entrar en los cuerpos de policía y milicia en general, pero ya como mandos y en lugares estratégicos. Ellos son entonces lo que obligan a golpear y a disparar a los tipos más inseguros ante una manifestación, ante alguien que reclama sus derechos. Después, viene la excitación general y la sangre corre. Muchos tendrían los ojos teñidos en humo y rojo, no sabrían exactamente lo que hacían, pero los hombres como Marco y Ángelo sí lo sabrían. ¿Entiende usted ahora para qué sirven?

—No había pensado en ello. Claro está que nosotros no tenemos los mismos problemas que tienen ustedes ahora en su país, y los medios a emplear son distintos.

—Sí, no es lo mismo, en apariencia. Ustedes, a finales y a principios de siglo, ya pasaron por situaciones paralelas, pero ahora también tienen sus problemas, sus boinas verdes. No es ningún secreto para nadie que de un tiempo para acá la CIA y el FBI han perdido parte de su prestigio.

—No siga, me da la impresión de que quiere captarme para su causa y yo no quiero meterme en gallineros ajenos. Además, hay otra cuestión.

—¿Cuál? —preguntó ahora Zapetti un tanto melifluido, muy pagado de sí mismo.

—Es usted más frío y calculador de lo que aparenta.

—¿Usted cree?

—Sí, y yo tengo por norma no jugar al póquer cuando me doy cuenta de que tengo ante mí a un jugador profesional.

—¿Miedo?

—Simple precaución. Las manos son más rápidas que la vista y las manos se mueven según ordena el cerebro. Sé que es un circunloquio lo que digo, pero creo que me expreso perfectamente.

—En suma, no se fía de mí —rezongó con sorna.

—¿Qué estáis hablando con tanto interés? —preguntó Oriana, acercándose.

Con desfachatez, en vez de colgarse del brazo de su marido, lo hizo del brazo de Alf Manly.

—Oriana, nuestro amigo es muy novato en algunos asuntos. Como yo ya suponía, está saliendo del huevo.

—Y espero llegar a la tumba con los dos enteros —replicó Alf.

—¡Qué horror perderlos, dos para toda la vida! —Se echó a reír Oriana.

Manly oyó un ruido tras de sí y se volvió. Vio a Elisa que se había enfundado un ajustadísimo complet que llevaba capucha con antifaz incluido. No estaba reconocible, pero en el yate no había nadie más y tenía que ser ella forzosamente.

Se había ajustado un cinturón con varias bombas de mano y portaba una metralleta con el cargador de doble munición.

—Nuestra querida Elisa ya está lista para el asalto —comentó César Zapetti, mirando a la joven.

—Vamos a desembarcar pronto, ¿no?

—Primero hay que esperar el trabajo de Ángelo y Marco. Han de desconectar los sistemas de seguridad del embarcadero. —Miró a Alf interrogante—: ¿Podrá atracar bien?

—Con esta luna y el tipo de embarcadero que ellos tienen, no creo que haya dificultades, todo depende de si hay muchos yates ocupando el embarcadero, pero confío que las circunstancias nos favorezcan.

—Me parece haber visto dos fogonazos —dijo Elisa, señalando hacia la isla, mirándola muy fijamente.

—Yo no he visto nada —objetó Oriana.

César Zapetti sacó su pequeño *walki-talky*, esperaba la señal. Los minutos transcurrieron hasta que al fin se oyó la voz de Marco:

—Camino libre.

—Vamos —respondió Zapetti.

No dijeron «cambio» ni ninguna contraseña, nada más. Zapetti miró a Alf y le pidió:

—Ya puede acercarse al embarcadero y, por favor, el mínimo de ruido. Hay otros chalets y aunque cada cual se preocupa del suyo, es preferible evitar los problemas.

Desplegó las velas y éstas se hincharon rápidamente.

El *Apocalipsis* comenzó a moverse hacia adelante, yendo en busca del embarcadero. Al llegar frente a él, observó que había otros yates y Alf Manly viró cuarenta y cinco grados. Lo puso de proa al embarcadero y luego hizo funcionar la hélice mientras arriaba velas. Poco a poco, el yate, navegando de popa, se aproximó más y más a su objetivo. El momento culminante de la operación había llegado. ¿Cuál sería el desenlace?

CAPÍTULO IX

Marco apareció con un automóvil grande, amplio y cómodo, que acababa de robar allí mismo. El circuito que tenía aquel coche para moverse dentro de la urbanización privada de Green Island era muy pequeño, pero debía ser útil para trasladar a la gente de las residencias al embarcadero.

—¿Ha habido problemas? —preguntó César Zapetti.

—Tres sujetos, pero los hemos cogido desprevenidos. Ha sido una suerte que supiéramos cómo teníamos colocados los infrarrojos de vigilancia.

—¿Perros?

—Cuatro.

—¿Y...?

Marco, lacónico, respondió:

—Ángelo se ha encargado de ellos.

—Bien, adelante.

—¿Les acompaño? —preguntó Alf Manly.

César Zapetti inquirió:

—¿El yate estará seguro solo?

—Sí, claro, nadie se lo va a llevar.

—Suba.

César Zapetti se colocó delante junto a Marco que se encargaba de la conducción y Alf Manly se sentó entre las dos mujeres. Notó a Oriana un poco nerviosa y a Elisa, áspera y antipática. Rehuía mirarle, dedicando toda su atención al exterior. Viajaban con las ventanillas abiertas y la joven no se despegaba de su metralleta.

En poco tiempo, el poderoso automóvil entraba por la puerta de una lujosa residencia de arquitectura muy moderna. En realidad, la casa desaparecía entre un muro de árboles que actuaban de pantalla para que a distancia no fuera visible.

—Ahí están los perros —señaló Oriana.

Aquella residencia sólo se podía ver bien desde el aire, pasando en un avión o helicóptero; sin embargo, cuando se acercaron a ella, traspasando la hilera de altísimos árboles, no podía decirse que estuviera oprimida. Había una vasta extensión de césped rodeándola.

Ángelo estaba en la puerta, con el rifle dispuesto. Saltaron del vehículo y Elisa corrió hacia el interior de la mansión.

—¿Cómo están las ventanas, Ángelo?

—Bien cerradas —le respondió.

Alf Manly les siguió.

La mansión era de una sola planta, con sótano, y hacia él se dirigieron rápidamente. En el suelo había un soplete y con él se enfrentaron a una puerta de alta seguridad.

—¿Podréis con ella sin utilizar el petardo? —preguntó César Zapetti.

—Creo que sí, no es de tanta seguridad como aparenta —dijo Marco.

Sin embargo, tuvieron que forcejear con ella durante una hora para no utilizar explosivos. Al final, la puerta cedió y no sonó la alarma, pues ya estaba cortada.

—Ha sido una suerte que tuvieran tantos informes —opinó Alf.

—Sí, todavía quedan patriotas bien infiltrados que proporcionan informes a la causa de la liberación de nuestro pueblo.

Encendieron la luz y la amplia estancia que se había convertido en gran caja de caudales quedó ante ellos, ofreciendo su contenido.

Allí estaban los cuadros metidos en cajas de seguridad, con los nombres de los respectivos pintores adecuadamente escritos. Picasso, Cézanne, Vannatelli y otros. Todos los objetos de arte estaban debidamente empaquetados. Allí no tenían que exhibirse si no guardarse, como un tesoro que eran.

Sí estaban a la vista los lingotes de oro y plata y bolsas de cuero revestidas de plástico conteniendo esmeraldas, brillantes, corindones, Había adversidad de gemas y estaban embolsadas según la especie, no importaba su tamaño.

—¿Qué le parece, Manly, ha visto alguna vez algo similar?

—Palabra que jamás he visto un tesoro semejante con mis propios ojos.

—Bien, no perdamos tiempo. Hay que cargar. ¿Puede

ayudarnos, Alf?

—Sí, claro.

—Vaya cargando cuadros y obras de arte en uno de los coches y llévelos a su yate.

—Hay un *jeep* que admite bien la carga. El oro y las joyas las transportaremos en el coche Ángelo y yo —dijo Marco.

—Elisa, tú vigila mientras los hombres cargan.

—Sí.

Alzó la metralleta significativamente. Alf Manly la miró y ella rehuyó sus ojos.

—Bien, carguemos. Lo que no me gustaría es que ninguna de estas obras de arte que van en las cajas llegara a estropearse.

—Nosotros somos los primeros interesados en que nada se estropee —dijo César Zapetti.

—De acuerdo —aceptó Alf, moviendo una de las cajas que sacó del interior del sótano y luego de la residencia, llevándola a un *jeep* que se hallaba a la entrada.

Se tropezó con Elisa en varias ocasiones, pero ésta siempre le rehuía y Alf la comprendía. La joven había lanzado una amenaza que casi podía considerarse sentencia; cuando todo terminara, le mataría a balazos.

El trabajo se llevó a cabo en varias horas.

El yate fue cargado en su pequeña bodega todo aquel tesoro que alguien había arrebatado a un país que, para no nombrarlo, habían dado en llamar Costa de Sangre.

Alf regresaba en el *jeep* por otro viaje cuando se encontró con que el otro coche llegaba en dirección contraria. Se detuvo y César Zapetti, por la ventanilla abierta, le gritó:

—Dé la vuelta, ya llevamos nosotros lo último que quedaba. Vamos a zarpar ahora mismo, pronto amanecerá.

—Sí, es cierto, pronto amanecerá —asintió Alf.

Hizo maniobra para dejar pasar al otro vehículo, siguiéndolo después.

Mientras se entretenían en descargar lingotes que parecían pesar mucho, Alf Manly subió a bordo del *Apocalipsis* y dispuso el arranque del motor.

De pronto sonaron unos disparos.

Alf Manly pudo ver cómo Ángelo caía junto a un coche. Elisa se

revolvió e hizo fuego con su metralleta sin silenciador. El tableteo debió oírse con mucha claridad en toda la isla.

—¡Aprisa, aprisa! —ordenó César Zapetti.

Alf le pidió a marco:

—¡Sube la pasarela, las amarras ya están quitadas!

Elisa saltó al interior del yate mientras efectuaba una nueva ráfaga de metralleta. El motor hizo trepidar al *Apocalipsis* que se separó del embarcadero, alejándose poco a poco de la isla.

—¡Hay que sacarle velocidad, es posible que nos persigan! —exclamó César Zapetti.

Fijó el timón dejando la hélice al máximo de revoluciones. Después, salió a cubierta y desplegó el velamen. El *Apocalipsis* se alzó de proa como un caballo encabritado y aumentó su velocidad.

El yate era demasiado grande para ser controlado por un solo hombre. De no ser joven y fuerte, Alf Manly no habría podido con él; no obstante, conseguía dominarlo como hacían los buenos jinetes con los garañones difíciles.

Se alejaron en la oscuridad de la madrugada, sin luces a bordo. El sol no tardaría en aparecer por su derecha.

—¿Estaba muerto Ángelo? —preguntó Alf ya más tranquilo, viendo que el yate navegaba bien, con las velas hinchadas y el motor roncando rítmicamente. El escaso oleaje ayudaba a que se presentaran menos problemas.

—Ángelo ha caído, pero aún hemos estado de suerte —suspiró César Zapetti. Oriana se lamentó:

—No me dijiste que correríamos tanto peligro.

—Ya te advertí que lo mejor era que no salieses del camarote, pero tú estabas empeñada en ver la residencia de su excelencia.

—Cuando pienso que podían haberme matado, me estremezco.

Elisa dijo:

—Cuando he disparado, ya era tarde.

—Debía quedar algún sujeto vivo o herido, no sé —se excusó Marco, moviendo la cabeza con preocupación.

—¿Cuánta gente ha muerto en este asalto? —preguntó Alf Manly.

—Es mejor que no lo pregunte, Manly. Lo importante es que hemos rescatado el tesoro que su excelencia había expoliado en Costa de Sangre.

—Y ahora, ¿qué pasará con ese tesoro? —insistió Alf.

—Lo pondremos a buen recaudo.

—¿Dónde?

—En un lugar seguro del que regresará a Costa de Sangre cuando su excelencia haya perdido su poder, lo que todos esperamos que sea pronto.

—¿Hay algún lugar donde se pueda considerar seguro un tesoro semejante? —preguntó Alf.

—Sí, hay un lugar seguro.

—¿Cuál?

—Lo siento, Alf, es un secreto. Su parte se está cumpliendo muy bien y cobrará lo acordado cuando atraquemos el yate y desembarquemos el tesoro en un camión adecuado que ya nos está esperando en nuestro destino.

—¿Y ese refugio estará controlado por usted? —preguntó Manly.

—Sí.

—¿Y quién le controla a usted?

—¿Está insinuando que yo voy a quedarme el tesoro? —preguntó con sorna, sin enfadarse.

—No digo que se lo vaya a quedar, pero podría hacerlo, ¿no?

—Eso es como decir que soy un traidor a mi patria.

—La historia se escribe con los hechos de los héroes y los traidores.

—Basta, ya hemos hablado demasiado.

—Habla usted como si fuera mi emperador y resulta que en el barco el patrón soy yo.

—Se está usted poniendo insoportable, Manly.

—No es esa mi intención, pero me gustaría saber qué garantías ofrecen ustedes de devolución de este tesoro a su país.

—Lo hemos rescatado del ladrón, ¿no? —preguntó Oriana.

—Sí, de su excelencia el dictador que, sin duda, se estaba haciendo el paquete para vivir como un pachá en el exilio. Es lo usual, pero en ocasiones, en demasiadas ocasiones, el que roba al ladrón resulta ser otro ladrón.

—Bueno, no es usted juez de mi país ni juez de nuestra revolución en contra del opresor de Costa de Sangre —le atajó marco.

—De acuerdo, de acuerdo, sólo trataba de puntualizar las cosas.

—Unas cosas que a usted no le incumben. Cobre lo estipulado y su trabajo termina; lo que suceda después puede ignorarlo.

—Bien, casi todo ha salido bien hasta ahora. Ha muerto uno de los suyos e ignoro cuántos perros de su excelencia, y al decir perros me refiero a los perros humanos.

—No haga tantas preguntas. Ya se le advirtió que la policía no intervendría en este asunto. Esta clase de pleitos suelen revolverse entre los interesados.

—Sí, ya estoy al corriente. Los cadáveres desaparecen y todo el mundo es muy honorable y no pasa nada.

—Así es, no pasa nada —le dijo Elisa que se había quitado la capucha con antifaz, soltando su hermosa cabellera al aire mientras el *Apocalipsis* surcaba las aguas a gran velocidad.

CAPÍTULO X

Alf Manly se limitó a seguir la ruta que le habían marcado para evitar una posible pérdida definitiva del tesoro que llevaba en la bodega. Daba un gran rodeo, pero permanecían cerca de la costa.

—Le llaman por la radio —advirtió Marco a Alf que se hallaba en la cubierta.

—Sí, ya me lo imaginaba —asintió.

—¿Qué sucede? —inquirió César Zapetti.

—Un guardacostas, lo he visto a distancia.

—¿Subirán a bordo? —inquirió César Zapetti.

—Lo ignoro, pero pueden hacerlo. Vigilan el tráfico de drogas por mar y otras cosas también.

—Aquí Alf Manly, patrón y propietario del *Apocalipsis* —dijo, respondiendo a la llamada.

El guardacostas, que se hallaba como a una milla de distancia, preguntó por la radio:

—¿Cuál es su ruta?

Alf Manly dio la ruta inmediata y explicó:

—Estoy de viaje de placer con unos turistas.

—Bien, señor Manly, siga su ruta —le dijeron, dando por finalizada la comunicación.

—¿Vendrán? —preguntó César Zapetti.

—No, pero seguirán nuestra ruta por algún tiempo a ver si nos desviamos y comprobarán que todo lo que he dicho es cierto.

Elisa tomaba el sol tendida en una hamaca. Oriana, sin preocuparse, hizo lo mismo, desnudando sus pechos.

—Si metieran las narices en la bodega, harían demasiadas preguntas —objetó Marco, preocupado.

—¿Pueden haber recibido una alarma de Green Island? —preguntó Alf a César Zapetti.

—No, no lo creo. Aunque dejen a su excelencia sin

calzoncillos, no admitiría haber sido robado, diría que es un bulo. Confesar que le había sido robado todo este tesoro, sería lo mismo que admitir que él lo había robado antes.

El *Apocalipsis* continuó surcando las aguas y el guardacostas siguió su estela a distancia hasta que desapareció, no debió de parecerles nada sospechoso.

Durante todo el día, Elisa estuvo muy esquiva, a Alf Manly le pareció que más de lo normal. La joven rehuía mirarle a los ojos y durante la comida se excusó, eludiendo sentarse en la mesa.

Al anoecer, César Zapetti desdobló su mapa y junto con Marco inquirió precisiones sobre la ruta a Alf Manly.

—¿Dónde estamos ahora exactamente? —preguntó, fijándose en la línea roja que constituía la ruta que él exigía seguir.

—En este punto —señaló Alf Manly con su índice.

—¿Y cuándo cree que llegaremos a este otro punto? —Apuntó al lugar más próximo de la costa en la ruta que habían de seguir y donde al parecer la profundidad era escasa.

—Como tenemos el viento de babor y no avanzamos más de ocho nudos, calculo que al amanecer.

—Bien, bien —asintió César Zapetti.

—¿Y para llegar a la ciudad dónde atracaremos?

—Unas cuarenta y ocho horas —respondió Alf.

—Bien, no se desvíe de la ruta, todo va perfectamente.

César Zapetti, el rico importador exportador de aguacates, parecía muy satisfecho de como iba todo.

Alf permaneció un buen rato sentado en la cubierta de proa como solía hacer, contemplando las estrellas.

Cuando consideró que no quedaba nadie levantado y las luces de la sala estaban apagadas, pues sólo había una piloto encendida, se levantó y comenzó a desplegar todo el velamen de que disponía el *Apocalipsis*.

Hizo que se hinchara hasta el foque y el yate acusó la fuerza del viento. Como venía de babor, se ladeó. Alf Manly fue al timón y corrigió la dirección.

La nave dejó de inclinarse y adquirió más velocidad. El rumbo había sido cambiado y, salvo él mismo, nadie se percató de ello.

Iba a descansar cuando encogida en una hamaca, en una zona de sombras, encontró a la joven.

—Elisa...

Ella le miraba muy fríamente. Al fin, muy bajo, preguntó:

—¿Vas a descansar?

Antes de responderle, Alf se le acercó hasta quedar junto a ella.

—Sólo un rato, pero...

—¿Pensabas visitar mi camarote?

—Visitar tu camarote es siempre un placer.

—Cínico.

—No puedes negar que te traté con mucha delicadeza.

—Me has violado dos veces.

—Por lo menos, tienes un motivo para matarme.

Alf se inclinó sobre ella y buscó sus labios. Los encontró temblorosos y luego notó la mano femenina detrás de su nuca, sujetándole para que el beso no terminara. Con su zurda, mientras la besaba, Alf le acarició el cuerpo y notó que ella se estremecía.

—Has conseguido que te odie y que te ame al mismo tiempo — confesó todavía trémula, con voz casi ronca.

—Matarse es antinatural; en cambio, amarse es totalmente natural entre un hombre y una mujer.

—¿De verdad me amas, Alf? —preguntó ella, tan bajo que casi no se la podía oír.

—¿Tú qué crees?

—Puedes acercarte a mí por puro deseo.

—¿Sexual?

—¿Cuál, si no?

—No puedo negarte que me atraes sexualmente. Tu proximidad me enerva, me excita, me transforma, no puedo negarlo.

—Lo mismo harás con cualquier otra mujer.

—No, no es igual. Está claro que puedo hacer el amor con cualquier mujer, es lógico porque estoy sano física y mentalmente y los hombres tenemos la posibilidad de acostarnos con cualquier mujer, pero lo que me sucede contigo es totalmente distinto, palabra que lo es.

—¿Y por qué sabes que lo es?

—No sé cómo explicarlo.

—¿No sentiste lo mismo con Oriana?

—No, claro que no. Oriana está bien para pasar un buen rato, pero...

—¿No para repetir?

—Si no hay otra cosa, creo que muchos hombres pagarían y muy bien por acostarse con ella; sin embargo, es distinto. Elisa, si quieres dejar a un lado los problemas y navegar conmigo, es tu decisión. Por mí, ya está hecho.

—Alf, Alf, me estás engañando.

—¿Cómo puedes pensar eso?

El hombre la volvió a besar en los labios y ella se entregó a la caricia con fruición.

—Alf, sé que eres un cínico que vives la vida a tu manera, que tengo que matarte por haberme violado dos veces, pero si me estás engañando ahora, te juro que no habrá quien te salve la piel. Te buscaría allá donde fuera que te marcharas y te mataría.

—Eres muy vehemente, Elisa, y la verdad es que me gusta que lo seas, aunque no puedo negarte que llegas a darme cierto miedo, lo qué al mismo tiempo resulta excitante.

—¿Te burlas de mí?

—No, no me burlo, hablo en serio.

—Alf, tengo que decirte algo muy importante.

—¿Qué tienen planeado matarme?

Elisa se quedó tan perpleja que le costó reaccionar.

—¿Lo sabías?

—Digamos que lo suponía. Aunque César Zapetti diga que estoy saliendo del huevo, creo que hace tiempo que rompí el cascarón.

—Tenía que decírtelo, Alf.

—Gracias, Elisa, me has dado una prueba de gran confianza; nadie podría pensar que tú me has sentenciado a muerte.

—Ni yo misma podía imaginar que te lo diría. ¿Cómo es posible que los seres humanos podamos cambiar tanto?

—No lo sé, pero a veces sucede. Ahora, dime, ¿para cuándo es mi ejecución?

—No estoy segura, pero creo que para mañana por la mañana.

—¿César Zapetti es quien ha dictado la orden?

—Es parte de su plan para ir barriando rastros de lo que hemos hecho.

—¿Piensa quedárselo él todo?

—No, eso no.

—¿Seguro?

—Palabra. Si fuera lo contrario, también te lo diría, ya ves que te he sido sincera.

—¿Del todo?

—No sé. Quizá, si vivo, algún día te cuente más cosas de mí, aunque tengo la impresión de que mi vida será corta.

—No digas eso, tú vivirás mucho tiempo y podrás contar a tus nietos tus aventuras. Ellos se sentirán orgullosos de la abuelita Elisa.

—Por favor, Alf —y se abrazó a él.

—¿Qué puedo decirte, Elisa?

—Nada, ámame.

—¿Sigo sentenciado a muerte?

—Sí, juré matarte y tengo que hacerlo.

—Está bien, iré al paredón con los ojos bien abiertos para morir mirándote. Le tomó el rostro entre los dedos, se lo levantó y volvió a besarla.

CAPÍTULO XI

César Zapetti despenó bruscamente, tuvo la sensación de que ocurría algo que no encajaba en sus bien elaborados planes.

El motor del *Apocalipsis* runruneaba rítmicamente. No era lógico que el yate estuviera navegando con motor, ya que lo normal era que avanzase con las velas y a escasa velocidad.

Se mantuvo quieto, atento, como para comprobar que no era una jugarreta de su sueño. Se levantó en pijama, sin lavarse los ojos y con el cabello en desorden. Oriana dormía. Su rostro se veía más envejecido, tenía ojeras y se le notaba a faltar el maquillaje que solía utilizar.

—Puerca —casi escupió.

César Zapetti no se llevaba muy bien con su esposa en los últimos tiempos y si no discutían públicamente era porque tenían un pacto de silencio que ambos respetaban.

Abandonó el camarote y subió a cubierta. Ahora oía mejor el trepidar del motor. Miró hacia arriba; el cielo estaba plagado de estrellas y las velas se hallaban arriadas.

—Alf...

—¿Qué sucede, Zapetti?

—¿Por qué ha puesto en marcha el motor y arría las velas?

—Muy sencillo, mire atrás.

Zapetti se volvió y vio luces, muchas luces eléctricas que semejaban parpadear ante sus ojos.

—¿Qué es eso?

—Los muelles.

—¿Los muelles? —repitió, casi estúpidamente.

—Sí, hemos llegado a la ciudad.

—¿A la ciudad? No, no puede ser —masculló entre dientes.

—Sí, estamos atracando, por eso funciona el motor y no las velas. ¿No ve que avanzamos de popa y no de proa?

—Es cierto, retrocedemos —admitió en tono bajo, incrédulo.

—Le tenía reservada esta sorpresa, Zapetti. Mire la hora, es la amanecida. Debíamos estar llegando a la mitad de camino; sin embargo, llegamos ya a destino. Antes de veinte minutos, el *Apocalipsis* estará amarrado a los muelles.

—¡No! —Casi gritó, llevándose las manos a la cabeza. Los cabellos, pese a la escasa luz, se le veían más blancos.

—¿Qué le ocurre, Zapetti? ¿No le agrada haber llegado a su destino antes de tiempo y seguro? Ha sido sin enterarse, mientras dormía.

—¡Alf, de la vuelta inmediatamente!

—¿Para qué?

—¡Para seguir la ruta marcada!

—¿Y correr nuevos riesgos? Vamos, vamos, Zapetti, parece que esta mañana se ha levantado usted muy raro.

—¿Por qué se ha desviado de la ruta que le marqué? —le gritó mientras Alf se alejaba hacia el control del timón con el que debía maniobrar para ocupar el lugar correspondiente en los muelles.

—Me pareció más oportuno —le respondió, sin hacerle caso.

—Hijo de perra... —masculló César Zapetti.

Alf Manly ya no le oía, se dedicaba a llamar por su walki-talky.

—Charly, Charly, llamando Manly del *Apocalipsis*. Charly, ¿me oyes?

Hubo de repetir varias veces la llamada hasta que escuchó la voz somnolienta del vigilante.

—Te oigo, Manly. ¿Qué tripa se te ha roto?

—Salta del catre y corre al ciento catorce. Estoy atracando y no quiero partir el trasero del yate contra el muelle.

—¡Maldita sea! ¿A qué tanta prisa? Podías haber llegado más tarde, si ni siquiera ha salido el sol.

El *Apocalipsis* siguió haciendo su maniobra de atraque, Alf Manly conocía bien aquellos muelles. Charly no tardó en llegar en su jeep y ayudó en la operación de amarre.

—Tenemos que precipitar las cosas —masculló César Zapetti, zarandeando a Marco.

—¿Cuándo tengo que hacer el trabajo?

—Ahora mismo.

—Está bien —aceptó Marco, sacando una pistola a la que acopló

el silenciador.

—Espera que se marche el tipo de los muelles. Luego lo metemos en un saco y nos lo llevamos en el maletero del coche.

—Lo que usted diga, don César, liquidaremos al yanqui.

Oriana no parecía muy interesada en lo que ocurría en el exterior. Bostezaba mientras se disponía a llevar a cabo la reconstitución de su rostro con maquillaje. Era evidente que la noche anterior había bebido en exceso.

—¡Otra vez avisa antes! —chilló Charly antes de dejar bien sujetas las amarras y que Alf Manly hubiera detenido el motor.

—Es que me divierte sacarte de la cama, viejo Charly.

—¿Es que a ti no te dejan dormir las mujeres que llevas a bordo?

—Has acertado, Charly, ellas no me dejan dormir por la noche y tengo que hacerlo de día, ahora me acostaría de muy buena gana.

—¡Al diablo los tíos con suerte! —Y se alejó a bordo de su *jeep*.

—Quieto o te mato.

La voz había salido de una garganta femenina.

Alf Manly se volvió y tras de sí vio a Marco apuntándole con una pistola provista de silenciador, casi junto a César Zapetti. Pero, más lejos, en la proa, estaba Elisa con la metralleta en las manos, apuntándoles.

—¡Dispárale! —ordenó César Zapetti a Marco.

Elisa advirtió de nuevo, seca y contundente:

—Si lo haces, te lleno de plomo, llevo balas de verdad en el cargador. ¿Cuántas necesitas para quedar convertido en un colador?

Elisa hablaba con una aplastante seguridad. En su voz no había ningún tono que trasluciera vacilación.

—¡Estúpida! ¿Te has vuelto loca? —inquirió Zapetti al ver que Marco dudaba.

—No vais a matarle. Tira la pistola, Marco, o tendremos fuegos artificiales.

—Gracias, Elisa. No creí que se atrevieran a balearme ahora por la espalda.

—¿Qué hago? —Gruñó Marco.

—Elisa, esto te va a costar la vida —rugió César Zapetti.

Alf Manly le quitó la pistola a Marco y luego asestó un durísimo puñetazo al rostro de César Zapetti, enviándolo sobre cubierta. Se golpeó contra unos hierros, poniendo en su rostro una mueca de

dolor.

—Amenaza demasiado, Zapetti. Si a ella le, ocurre algo, un simple rasguño, le buscaré a usted aunque sea bajo las piedras y lo mato a puntapiés.

—Elisa, nos has traicionado —acusó Marco, haciendo rechinar sus dientes al sentirse desarmado.

—No lo hubiera hecho si no estuvierais sedientos de sangre. ¿Por qué matar a un inocente que nos ha ayudado? ¿Por qué matarle en vez de pagarle lo que se acordó?

—Gracias, Elisa, pero no creo que tus razonamientos entren en los planes de estos tipos.

—Si se cree que va a apoderarse del tesoro, está listo. Nuestros comandos lo encontrarán allá donde se esconda —advirtió César Zapetti, limpiándose la sangre de los labios con el dorso de la mano.

—Páguenme los treinta y cinco mil y pueden venir con un camión a buscar lo que hay en la bodega. A mí no me interesa el patrimonio del pueblo de Costa de Sangre.

—¿Qué pasa? —Salió preguntando Oriana recién maquillada y totalmente al margen de lo que acababa de ocurrir.

Todos la miraron como si ella fuera un ser de otro planeta.

CAPÍTULO XII

Elisa mostraba la preocupación en su rostro y no cesaba de vigilar por las ventanillas. Alf Manly le advirtió:

—No temas. Si alguien pisa la pasarela, sonará el avisador. La mayoría de los yates tienen este artilugio para evitar sorpresas de intrusos. Además, tampoco creo que se atrevan a hacer nada por ahora. En los muelles está la policía y ya sé que no queréis nada con la ley norteamericana. Me lo dijiste bien claro, vuestros asuntos los solucionáis al margen de la justicia.

—Ahora estarán furiosos, les has estropeado sus planes.

—No sé por qué tenía que entrar mi muerte en vuestros planes.

—No puedo saberlo. Yo era informada hasta cierto punto, no pertenezco al grupo dirigente, sólo recibo órdenes.

—Yo no pienso quitaros nada. Que venga el camión a recoger el tesoro, aunque no veo demasiado claro que ese César Zapetti se lleve el tesoro ad onde a él le parezca, de espaldas al pueblo.

—El pueblo no puede opinar aún, está bajo el mandato de su excelencia y nada puede decir. Nosotros tenemos que esconder el tesoro hasta que nuestro pueblo sea libre.

—Si no devuelve luego el tesoro que su excelencia ha robado, ¿quién pedirá cuentas a César Zapetti?

—El pueblo.

—Deja que me carcajee, Elisa. Rara vez se recupera lo que se roba.

—Tú no crees en nadie, ¿verdad?

—Antes hubiera dicho que tienes razón al decir eso, pero ahora...

—¿Has cambiado de opinión?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por ti.

—Déjame a mi aparte, también tengo mis cosas. Hay gente honesta en el mundo.

—Son la excepción que confirma la regla. Admite que existe esa gente honesta, pero he tratado con demasiados indeseables que parecían honestos para ir por el mundo con la guardia baja.

—Te equivocarás muchas veces.

—Es posible, pero otras muchas evitaré que me golpeen. Fíjate, en esta ocasión, de no ser por tu ayuda, ahora sería un cadáver con un poco de plomo dentro.

—No podía consentir que te mataran, tú no has hecho nada malo.

—Reconoce que interviniste ayudándome porque te has enamorado de mí.

—¿Y si no quiero admitirlo?

—Te harás daño a ti misma.

—¿Por qué?

—Medita un poco, Elisa. Estuviste a punto de participar en un crimen en el que la víctima no te había hecho ningún daño.

—Pero, ese crimen no se ha cometido.

—No, porque tú te has enamorado de la víctima.

—Es mucha pretensión por tu parte.

—No sé por qué tienes miedo en aceptarlo. ¿Hubieras dejado que me dispararan por la espalda si no te llegas a enamorar de mí?

—Sí, ¿por qué no?

—No lo creo.

Ella se mostró dura e irónica diciéndole:

—Después de todo, has abusado dos veces de mí, merecías la muerte, lo que sucede es que me ablando muy pronto.

—Ya que lo he hecho dos veces, ¿por qué no tres?

—Alf, no vuelvas a abusar de tu situación.

—¿Por qué? ¿Acaso te revienta sentirte débil entre mis brazos?

—No hablemos de ese asunto ahora. ¿Es que pretendes que nos maten haciendo el amor? En cualquier momento, ellos pueden presentarse.

—Menos mal que ya no los llamas camaradas.

—En todo caso, serán ellos los que ya no querrán hablar de mí como de una camarada. Soy una traidora.

—No digas tonterías.

—Ellos lo considerarán así y jamás volverán a admitirme en el grupo.

—¿Es que deseas regresar junto a quienes no tienen escrúpulos en matar a quien nada malo les ha hecho?

—En la guerra no se puede evitar la muerte de los inocentes.

—Sí se puede evitar, cuando no se es un asesino, claro.

—Está bien, lo dejaremos para otro momento, ahora hay que esperar. En el yate no nos falta de nada, podemos vivir algún tiempo aquí dentro sin pisar la pasarela.

—Sí, hasta nos han conectado el teléfono. Charly es un buen amigo.

—¿De veras no has avisado a la policía, Alf?

—¿Por qué habría que hacerlo? Sería buscarme complicaciones yo mismo. Estuve presente en el asalto en Green Island.

—En Green Island no ha sucedido nada.

—¿Nada? —Alf sonrió y preparó un refresco para Elisa—. Robo, asalto, allanamiento de morada, muertes... ¿Qué más podía pasar? Ah, sí, algo no sucedió.

—¿Y qué es lo que según tú no sucedió?

—Pues, que allí no te violé, hubiera sido ya el remate.

—Siempre estás bromeando, no pareces tomarte nada en serio.

—No es ninguna broma haberme metido en este lío, claro que no puedo callarme que ha sido por tres motivos concretos.

—¿Cuáles son esos motivos?

—Que me gusta la aventura, me revienta el aburrimiento.

—¿Otro?

—Setenta mil dólares. Lo siento, pero viviendo en una sociedad capitalista no puedo rechazar el dinero.

—¿Y el tercero?

—Tú.

—¿Yo?

—Sí, cuando te recogí apaleada me convenciste.

—Ése era mi propósito.

—Sí, ya me dijiste que me buscabas.

—Alf, hay más cosas que tú ignoras.

—Eso también lo supongo, pero no voy a torturarte para que me las cuentes. Si quieres decírmelas, hazlo, pero en completa libertad.

—¿Es que sólo me coaccionas para hacer el amor?

—Es lo más placentero que se puede conseguir de ti.

—¡Caliente!

—Que siga así por muchos años.

—Cínico.

—Ojalá me durara poco tiempo, sería que todo el mundo habla con la verdad en la boca.

—No siempre se puede decir la verdad.

—Por suerte para mí, yo sí la digo.

—Te engañé.

—¿A qué te refieres ahora?

—No bromeo, Alf, ¿para qué ocultártelo más?

—Está bien, te escucho.

—Cuando me encontraste en la calle, cuando me golpearon...

—Sí.

—Era falso.

—¿Falso, seguro?

—Sí, conseguimos engañarte. Ése era nuestro propósito para que yo entrara en tu yate y te pudiera convencer sin que tú recelases ni le contaras nada a nadie.

—¿Quieres decir que a los dos tipos aquéllos no los mataste?

—No, supieron fingirse muertos. Llevaban dos bolsitas de sangre preparadas, como cuando se filma una película, y ya tenían puestos unos falsos ojos que quedan fijos y vidriosos. Son lentillas de plástico especial.

—Ya. Pues consiguieron enredarme, creí que los habías dejado fritos a balazos.

—Si descubrías la estratagema, no te hubiera podido convencer.

—Tenías que presentarte ante él como una chica débil y en peligro a la que yo tenía que salvar.

—Exacto.

—Sin embargo, los morados que tenías no eran ficticios. Los vi bien, los palpé. Tocándolos creo que me enamoré de tu cuerpo.

—Sí, eran auténticos, contábamos con eso.

—¿Y cómo te dejaste vapulear?

—Tuve que sacrificarme.

—Pudieron hacerte mucho daño.

—Uno de ellos era médico, calcularon los golpes. En realidad, ya me habían pegado cuando apareciste tú, otro te vigilaba. Sabíamos

por dónde tenías que pasar para ir a recoger tu coche.

—Debías amar mucho a tu causa para dejarte golpear como lo hiciste.

—¿Es que creías lo contrario?

—No, no, ya me di cuenta de que estabas muy convencida de tus ideales y, la verdad, siento un poco de vergüenza de que por mi causa hayas tenido que apartarte de ellos, aunque mirándolo bien...

—¿Qué?

—Puedes ser fiel a tus ideales, pero no servir ciegamente a sujetos como César Zapetti.

—¿Continúas sin fiarte de él?

—Totalmente.

—Tienes que comprenderlo. Lo que los hombres como él pretenden es llegar a su objetivo, sin importarle los medios ni que caigan inocentes.

—Ya, es como jugar al ajedrez.

—Exactamente. Hay personas que no se preocupan de los peones, dejan que sean comidos aunque sean los suyos propios.

—Un buen jugador de ajedrez no desprecia ningún peón.

—Es cierto, pero lo sacrifica si gracias a él consigue comerse una reina, un alfil o un caballo. —Elisa suspiró—. La verdad es que me sentí avergonzada por el engaño.

—Pero dormiste tu conciencia con la paliza que aceptaste, fue como un castigo recibido antes de la falta.

—En vez de marino podías haber sido psicólogo.

—Bien, bien, tramasteis toda aquella estúpida farsa para convencerme. Mi yate os hacía falta para llegar a Green Island y asaltar la residencia de su excelencia. Sabíais que él no estaría allí y, al parecer, conocías bien los sistemas de seguridad.

—Sí, pero no era una estupidez puesto que te convencimos y también conseguimos tu silencio.

—Hay más cosas, todavía más, ¿verdad, Elisa?

—Pues...

—Te diré, César Zapetti podía haberme pagado en su residencia sabiendo previamente que tenía que pagarme y que yo iba a verle...

—Él prefiere no tener dinero en su casa.

—Eso es un pretexto. Me envió al tipo de la compraventa porque esperaba recuperar el dinero que me pagaba. Puesto que jugamos a

ser sinceros, te diré que no me he creído en ningún momento que fuerais a pagarme setenta mil dólares, habría sido demasiada suerte.

—¿De verdad no lo creías?

—No.

—Entonces, ¿por qué aceptaste?

—Porque el que pensara que no me ibais a pagar no significa que no estuviera dispuesto a cobrar. Lo malo es que intervino un ladronzuelo díscolo que iba para asesino y aprobó la asignatura, claro que la víctima, el usurero de la compraventa, había ayudado al muchacho a ser cada día un poco peor hasta que él fue la tesis doctoral de su aprobado en crimen.

—Ese usurero no era miembro de nuestra revolución, aunque don César dice que ha colaborado en algunos asuntos.

—Tengo la impresión de que Zapetti utilizaba a ese viejo usurero para sus asuntos sucios y personales, pero ya llegará el momento de clarificar todo eso, porque este pleito no ha terminado aún.

—No, no ha terminado —admitió Elisa—. Tengo la impresión de que estamos al borde del abismo.

—Al borde del abismo y sentados sobre un tesoro, un tesoro con sorpresa.

—¿Un tesoro con sorpresa? —inquirió, desconcertada.

—La verdad, Elisa, quería saber hasta dónde estabas metida en este lío, si tu acción con la metralleta había sido una farsa más para seguir engañándome.

—¿Es que no te has creído que yo...?

—Tranquila, tranquila. —Le puso las manos a ambos lados de la cara cuando ella ya temblaba de indignación—. Eres buena actriz, pero no tanto. Te creo, pero te voy a contar algo que te va a sorprender. César Zapetti me dijo que yo estaba saliendo del huevo y comprendí que a partir de aquel momento debía ser muy, pero que muy receloso y he averiguado algo que estoy seguro te sorprenderá. Escucha, escucha... Ahora me parece que eres tú la que está saliendo del huevo, querida.

CAPÍTULO XIII

—Ha sido muy bueno que pudieras contactar con tus camaradas por teléfono —le dijo Alf Manly a Elisa, dando a su voz un tono de confianza.

La joven consultó su reloj. Estaba nerviosa y ello se traslucía en el ligero, pero perceptible temblor de sus dedos y labios.

—No sé si me habrán creído, para ellos soy una traidora.

—Todavía no ha pasado la hora —le objetó Alf Manly que, obviamente, estaba mucho más tranquilo que ella.

Se levantó y miró a la noche por una de las ventanas. Sus ojos se llenaron de las luces eléctricas que iluminaban los muelles mientras en el cielo era como si hubieran arrojado diminutos brillantes que salpicaban el manto de terciopelo negro que constituía la macro envoltura del planeta.

—Es una madrugada limpia, lástima que vivan tantas ratas en los muelles y también lejos de los muelles.

De pronto, se escuchó un pitido electrónico. Era difícil compararlo con algo, no era un timbre musical ni un timbre al uso que podía confundirse con un teléfono. Era más bien un sonido que recordaba a un receptor de radio mal sintonizado.

—¡El avisador!

—¿Están ahí?

—Sí, no se trata de Charly, seguro.

Alf Manly fue hacia la puerta que daba acceso a la cubierta.

Elisa no se movió de la butaca en que estaba, pero tomó la metralleta y encañonó hacia la puerta. Si la iban a matar, moriría disparando.

Nada más abrir la portezuela, Alf Manly se encontró con los orificios de dos pistolas que le apuntaban, una al pecho y la otra a la cabeza. Era como si se hubieran puesto de acuerdo para no fallar.

—No disparen, amigos, no disparen, no es necesario. Adelante.

Se hizo a un lado y al interior del yate irrumpieron cuatro hombres armados, dos de los cuales llevaban barba. Usaban prendas oscuras y calzado ligero para poder correr si era necesario e incluso nadar sin demasiados impedimentos. Eran hombres que sabían que se jugaban la vida.

—Elisa —interpeló uno de ellos.

—Salvador... —Luego, advirtió—: Si disparáis, haré lo mismo. Estoy dispuesta a todo, ya os lo habrán dicho.

—Sí.

Alf Manly, mostrando una tranquilidad que desconcertaba a los visitantes, se encaró con el llamado Salvador y le dijo:

—Cuando veo una cara, es difícil que se me borre y tú y yo nos hemos visto antes.

—En la puerta de un local de compraventa —admitió Salvador.

—Ya recuerdo, yo salía y tú entrabas.

—Exacto.

—¿Me vigilabas?

—Sí.

—¿Y por qué no interviniste cuando me golpearon los gamberros de los palos y las cadenas? Todavía me duele la cabeza.

—Todo sucedió muy rápido, yo estaba dentro.

—Pero el tipo de la compraventa sí sabía lo que estaba ocurriendo.

—A mí no me lo dijo.

—Bien, supongo que el tipo aquel solo estaba conchabado con César Zapetti. Ahora, si me hacéis el favor, dos de vosotros bajad conmigo a la bodega, tengo que mostraros algo.

Mientras Alf Manly desaparecía con Salvador y otro compañero de éste, Elisa se quedó en la sala con los otros dos. Les miró fijamente y apartó la metralleta.

—¿Por qué nos has traicionado, Elisa? —inquirió uno de ellos.

—Creo que os equivocáis de traidor.

Pasaron los minutos. Al fin, Alf Manly y los dos compatriotas de Elisa regresaron. Estos últimos iban cargados con unas bolsas, muy pálidos.

—Vámonos —pidió Salvador.

—Elisa y yo os seguiremos con mi coche. No corráis, es un coche viejo que si bien no es poderoso, está preparado para navegar por

aguas tranquilas.

Abandonaron el *Apocalipsis*. En el primero de los automóviles, grande y poderoso, iban los cuatro rebeldes al gobierno de su excelencia en Costa de Sangre.

Detrás rodaba el «Volkswagen» con Alf y Elisa.

Se acercaba la amanecida. Las calles de la ciudad aún estaban vacías y los dos coches pudieron circular rápidos, sin problemas. Al fin llegaron frente a la puerta de la residencia de César Zapetti, el millonario importador-exportador de aguacates.

El «Volkswagen» se rezagó para no ser visto por el portero. Los camaradas de Elisa hicieron que se abriera la verja y cuando ya entraban por ella, Alf pisó el acelerador de su pequeño coche alemán y rodó veloz hasta colocarse detrás del otro. De esta forma, se introdujo en la residencia.

Cuando llegaron al atrio de la casa, todos descendieron y entraron en la mansión.

César Zapetti les aguardaba. Al ver a Elisa y a Alf, torció el gesto.

—¿Por qué los habéis traído?

—¿No quería sacarlos del yate? —preguntó Salvador.

—Sí, pero muertos.

—Hay tiempo para que mueran.

—¿Van desarmados?

—Creo que no está en condiciones de hacer demasiadas preguntas.

—¿Qué sucede? —preguntó Oriana que había aparecido en bata, pero perfectamente maquillada—. Ah, sí está aquí el guapo de Alf Manly...

—Lo que sucede puede explicarlo Salvador —replicó Alf.

Salvador abrió una de las bolsas y sacó un lingote dorado y otro plateado, dejándolos caer al suelo.

—¡Cuidado, vas a partir el enlosado! —Gruñó Zapetti.

—No es oro ni plata, es plomo pintado con purpurina —silabeó Salvador acusativo. Zapetti exclamó:

—¡No es posible!

—No se haga de nuevas, Zapetti, usted lo sabía —le acusó Alf Manly.

—¿Qué yo sabía que estos lingotes eran de plomo? Imposible, si

aún no puedo creerlo. El yanqui debe haber dado el cambiao.

—Imposible —objetó Salvador—. Teníamos bien vigilado el yate desde su llegada al puerto. Ni el oro es oro ni la plata, plata; los cuadros no existen dentro de las cajas, sólo hay cartones, y las figuras son de barro sin valor. Y las esmeraldas...

Salvador hundió la mano en la bolsa y arrojó las gemas al suelo.

—Cristales de colores sin valor alguno.

—¡No es posible, no puedo creer que nos hayan engañado de esta forma!

—El asalto a Green Island no ha servido para nada —gruñó Salvador.

—No se haga de nuevas, Zapetti, usted lo sabía —le dijo Alf.

—¡No, no es cierto! —Miró a sus compatriotas que a su vez le miraban con desprecio, casi con odio.

—Usted lo sabía. Zapetti —repitió Alf—. Por eso quería que pasáramos por una ruta concreta donde tenía previsto asesinarme y hundir el yate, justo en el punto marcado. Allí hay una hoya abisal marina donde el yate jamás sería recuperado. De esta forma, desaparecería el yate con su falso tesoro. Los guerrilleros creerían que si bien el pueblo había perdido el oro, las piedras preciosas, los objetos de arte, también los habría perdido su excelencia el opresor, más no es así. Él hizo sus copias y las colocó donde usted propuso. Usted, Zapetti, es el artífice de este plan que le ha salido mal.

—¿Yo? ¿Por qué habría de hacer una estupidez semejante, robar un tesoro falso?

—Porque de esta forma su excelencia el opresor, al que usted sirve, seguiría poseyendo el tesoro secretamente, sin que nadie más tratase de arrebatárselo, escondido en otro lugar. Posiblemente, aún no lo ha sacado de Costa de Sangre. Al mismo tiempo, Oriana iba sacando fotografías de toda la operación, fotografías que luego se divulgarían y se haría creer a los, demás rebeldes al gobierno de su excelencia que un grupo había robado el tesoro, pero para lucrarse particularmente de, él. De este modo, crearían el recelo primero y el odio después entre los rebeldes y os desprestigiaría a nivel internacional, porque es posible que esas fotos fueran censuradas en vuestro país, pero no ocurriría igual en otras revistas internacionales.

—¡Yo no he hecho fotos! —gritó Oriana.

—No mientas —le cortó Alf—. Descubrí una micro cámara en tu bolso disimulada en tú pintalabios y otra en la polvera. Como eres tan aficionada a los maquillajes, nadie daba importancia a que tuvieras esas cosas en las manos y frente a la cara cada dos por tres.

—¡Si le creéis, es que estáis locos! —bramó César Zapetti.

Salvador clavó sus ojos en la esposa de Zapetti y la interpeló.

—Si mientes, te vas al infierno con don César. Si me dices la verdad, aún puedes salvar esa piel que tanto te agrada cuidar, una piel muy linda que puede durarte muchos años aún, depende de ti.

El matrimonio se miró mutuamente. César estaba cargado de odio y desprecio y su mujer tembló. De pronto, cayó de rodillas entre los cristales de colores y los falsos lingotes. Se puso a sollozar, suplicante.

—¡No me matéis, fue él quien me obligó a colaborar!

—¡Miente! —rugió César Zapetti.

—No, no miento, Alf Manly tiene razón. En mi tocador están las micro cámaras disimuladas y allí encontraréis las películas de toda la operación. Ése era mi trabajo, no creí que nadie me descubriera, fue César quien me obligó.

—¿Trabajáis para su excelencia, el opresor de nuestro pueblo? —rugió Salvador.

—Sí, sí, todo está planeado como dice Alf. Teníamos que robar el tesoro falso para que él siguiera conservando secretamente el verdadero. Había que hundir el falso en el mar para que nadie lo descubriera, pero debíamos hacer creer que os lo habíais llevado vosotros.

—¿De modo que sois unos infiltrados a las órdenes de su excelencia para crear el odio entre los patriotas que ansiamos la libertad de nuestro pueblo?

—¡No me matéis! ¡Es cierto, pero yo actuaba obligada por él, os lo juro!

—Esperad, esperad —atajó Zapetti, disimulando su angustia con una sonrisa que pretendía ser amistosa—. Esto todavía se puede arreglar. Yo conocía los sistemas de alarma de Green Island, por eso todo salió bien y puedo...

No habló más. Sonaron varios disparos y César Zapetti dio una pirueta sobre sus pies, cayendo luego sobre el lujoso enlosado de su mansión.

—¡Buena suerte y buena gozada! —deseó Charly a gritos mientras el *Apocalipsis* se alejaba de los muelles de la ciudad.

Alf y Elisa le saludaron con la mano mientras el yate dejaba una estela tras de sí. Unas horas más tarde, habían perdido de vista la línea de costa continental.

—Soy tuya, Alf.

—Lo sé, y tú puedes confiar en mí.

—Ahora ya somos una pareja.

—Te he traído una cosa.

—¿El qué? —preguntó ella.

—Esto.

Le entregó la pequeña pistola femenina.

—No lleva balas de fogeo como la noche en que te vi por primera vez. Ahora puedes cumplir tu juramento llenándome el cuerpo de balas.

Ella cogió la pistola, sonrió y la arrojó por la borda hacia el mar.

—¿Por qué no me llenas tú con tu arma?

—Luego, antes tenemos una cosa que hacer.

Minutos después, ambos reían, arrojando lingotes de supuesto oro a las aguas oceánicas y cristales de colores que los peces mirarían con mucha perplejidad.

FIN

**¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!**

BISONTE
Serie Roja

BISONTE
Serie Azul

**ASEGURE
SU
EJEMPLAR**

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

NOTAS

[1] Entre los adictos, cocaína. (N. del A.). < <